CONQUISTA ESPACIO

BRUGUERA

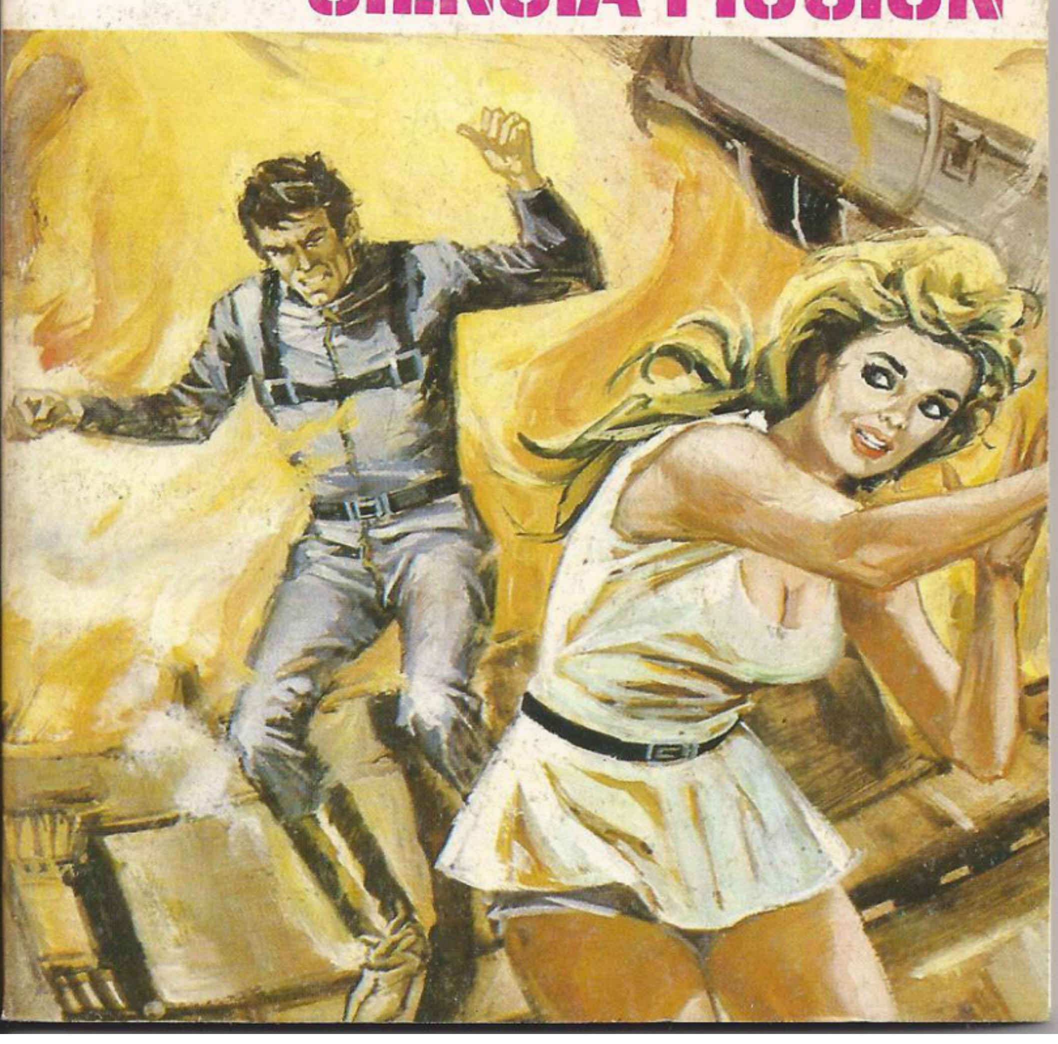
BOLSILIBROS

FUTURO

CREADOR DE MATERIA

Curtis Garland

CIENCIA FICCION




La conquista del
ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

717 – Puertas al infinito, *Clark Carrados*.

718 – Los androides no sangran, *Ralph Barby*.

719 – Booman y los alienígenas, *Kelltom McIntire*.

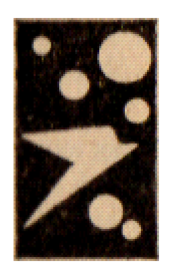
720 – Robots en el pantano, *Ralph Barby*.

721 – Viaje a las profundidades, *Kelltom McIntire*.

CURTIS GARLAND

CREADOR DE MATERIA

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 722
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 28.391 - 1984

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición en España: octubre, 1984
1ª edición en América: abril, 1985

© Curtis Garland - 1984
texto

© García - 1984
cubierta

Concedidos derechos exclusivos *a* favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1984

CAPITULO PRIMERO

La astronave se posó mansamente en las aguas del océano.

Era una maniobra perfecta y precisa, pero que no tenía ya nada de extraordinario. Todos los regresos del espacio se producían con exactitud milimétrica, sin el más mínimo error de cálculo. Desde la estación de seguimiento se controlaban los mandos a distancia como si los expertos de la NASA se hallaran a bordo de la propia nave, y ésta descendía, penetraba en la atmósfera terrestre y acababa por caer con suavidad en el mar, cerca de donde las unidades de la Navy especialmente enviadas, esperaban a recoger a sus ocupantes. Por cualquier posible emergencia, que por fortuna rara vez se producía, aviones de reconocimiento y helicópteros de salvamento sobrevolaban la zona prevista con mucha antelación, y de esta manera, abandonar la nave sano y salvo se convertía en algo casi rutinario y carente de emoción. Todo ello, claro está, afortunadamente para los viajeros del espacio que así regresaban a casa sin el menor riesgo para sus personas.

Peter Fry formaba parte en esta ocasión del trío de astronautas que acababan de posarse en las familiares aguas del Atlántico, no demasiado lejos de la costa de Nueva York. Se sintió mucho mejor allí que en las áridas superficies de Marte, explorando el mítico planeta rojo, que había resultado mucho menos apasionante que todo cuanto el ser humano había podido imaginar durante siglos. Aquella tierra dura e inhóspita nada parecía tener que ver con los sueños de la Humanidad, con las teorías fantásticas del pasado, que imaginaron en aquel remoto mundo —ya no tan remoto, ciertamente—, civilizaciones portentosas, ciudades de fábula, canales gigantescos y seres inteligentes y superiores, tal vez de monstruosa apariencia física pero de inteligencia muy desarrollada.

Si alguna vez existió algo de eso en Marte, no quedaba la menor huella de ello. El planeta entero era un yermo tan inhóspito y vacío como la Luna. Sus tierras podían encerrar valiosos tesoros minerales, pero eso era todo. Ninguna reina hermosa, ningún mítico guerrero marciano, ningún monstruo verde y tentacular para que la imaginación del hombre se viese compensada de sus frustraciones.

Sus compañeros de vuelo, Bauman y Scoffield, parecían mucho menos defraudados que él. Tal vez porque carecían de su imaginación, pensaba Peter mientras la cápsula era abierta y los tres pasaban a una lancha de salvamento de la Marina, desde la que serían trasladados de inmediato a bordo de un pesado helicóptero que sobrevolaba el punto donde se hallaban ahora.

Para sus camaradas, pisar Marte había sido como alcanzar lo que siempre soñaron desde niños, y eso bastaba. Traerse unas muestras de minerales, unas películas y unos cuantos análisis, era suficiente para ellos, para sus mentes rutinarias, adaptadas a una tarea científica, bastante más mediocre de lo que podía esperarse de un viajero del espacio. Para él, todo eso apenas era nada. Como haber visitado el desierto de Gobi en busca de yacimientos de uranio o de cobalto.

Sabía lo que venía ahora. Era lo de siempre. El período de cuarentena, los exámenes psicotécnicos, el control físico de sus personas, aisladas en un ambiente esterilizado. Luego, el desfile triunfal, la llegada a Nueva York, a Washington, la popularidad, la televisión, los grandes rotativos, tal vez incluso una película con su viaje histórico.

Luego, el olvido o el refugio en la política, para acabar siendo un mediocre senador o no ser nada. Como otros muchos, años atrás. Armstrong, Aldrin, Collins, el propio Yuri Gagarin, héroe mítico de la Unión Soviética en los tiempos heroicos de la conquista del espacio, absurdamente malogrado en un vulgar accidente de vuelo de pruebas. El, que había subido tan alto, por vez primera en la Historia...

No le gustaba todo eso. Peter Fry estaba decepcionado del inmediato pasado, del gran viaje a lo desconocido, de la primera pisada en la rojiza tierra marciana. Pero de antemano le decepcionaba también el futuro. Y mucho.

Unos jóvenes «marines» le palmeaban el hombro alegremente, le felicitaban, le hacían mil preguntas, mientras eran conducidos al helicóptero, que arrojaba ya su escala sobre las aguas, a menos de diez yardas de la lancha color naranja. No les escuchaba siquiera. Estaban todos tan eufóricos, que parecían ser ellos quienes conquistaran la virginidad de Marte con sus pies.

Peter entornó los ojos, dejando vagar su imaginación. Seguía así cuando escalaba, enfundado en su pesado, molesto y abultado traje espacial de color plata, la escala hacia el helicóptero.

Aquello no era «su» fabuloso mundo de Kron. No, distaba mucho de serlo.

Kron era distinto. Era un verdadero sueño cósmico hecho realidad en algún confín espacial infinitamente más distante e ignoto que el del planeta Marte.

Sólo que Kron, por desgracia, no existía. O existía sólo en su propia mente, en sus sueños de escritor, que iban más allá, mucho más allá de sus sueños de astronauta enrolado en la NASA.

*

—¡Otra vez Kron! ¿Cuándo vas a olvidar esa estupidez? ¿Cuándo

dejarás de pensar en tus absurdas historias de siempre, Peter Fry? ¿Es que todavía no has dejado de ser niño pese a tus años? ¿Es que siempre vas a seguir igual?

Peter suspiró, moviendo pesadamente su cabeza. Era igual. Ella tampoco entendía. Nunca había entendido. Gala era hermosa, sí. Hermosa y deseable. Pero poco sensible, nada emotiva salvo para hacer el amor. Y aun eso empezaba a aburrirle a Peter.

No porque Gala no le gustase aún, que le atraía y mucho. Desde que se casaron, cinco años atrás. Gala le había atraído siempre. La deseaba. Tal vez eso fuera lo peor. Que sólo la deseaba. Era una atracción física, carnal. Algo que se terminaba cuando cesaba el acto sexual.

No importaba que con ella ese acto se hiciera interminable a veces, que se repitiese hasta la saciedad. Gala era incansable en ese terreno. Mucho más incansable que él, ciertamente.

Después, en lo puramente espiritual o sentimental, era una nulidad. Una hermosa nulidad, y nada más. Ahora estaba furiosa. Furiosa y contrariada.

Empezaba a terminar la gloria de las primeras semanas, las celebraciones y honores, las recepciones multitudinarias, los saludos afectuosos del presidente, las interminables apariciones en televisión a través de todo el mundo, los inmensos titulares sobre su imagen, la de Bauman y la de Scoffield, con la frase grandiosa que el ser humano, siempre ingenuo, había esperado durante tiempo y tiempo:

EL HOMBRE PISA MARTE.
¡EL PLANETA ROJO CONQUISTADO!

Y ahora, ¿qué? Vuelta al hogar. Las recepciones se iban espaciando, escaseaban. Hasta los vecinos de la zona residencial, relacionados también de uno u otro modo con la NASA, habían empezado a ceder lógicamente en sus entusiasmos y ya no acudían en masa a la vivienda, a saber cosas y más cosas del viaje a Marte. Gala empezaba a irritarte. Gala se sentía decepcionada de que todo aquello tan hermoso para ella se terminara.

Ahora, Peter, que había empezado a escribir otro relato con sus héroes predilectos, el valeroso y hermosísimo «Héctor» y la bellísima y sublime «Altea», tenía que recibir sus frases irritadas, sus expresiones de disgusto.

—Compréndelo, el periódico quiere otro relato —le dijo cansadamente—. Incluso querían que esta vez lo firmase con mi nombre, y me pagarían por él diez veces más. Me he negado.

—¿Negarte? —se volvió hacia él, aún más airada, centelleando de ira sus oscuros ojos, agitada su negra y sedosa melena—. ¿Negarte,

por qué? ¿Acaso no necesitamos el dinero como el que más? ¿Es que se vive de la gloria de un viaje a Marte? De acuerdo en que esa productora quiere los derechos de la película, pero la mayor parte irá a la NASA y el resto se dividirá por un igual entre tú, Bauman y Scoffield.

—Es lo justo, ¿no? Entre todos hicimos posible ese viaje. No iba yo solo, Gala.

—Eso, ya lo sé —se irritó, como se irritaba siempre que él oponía la fría lógica a sus ardorosos y ciegos razonamientos—. ¿Y qué ganaremos con ello, si es que la película llega a hacerse? Nada o casi nada. En cambio Bauman ha firmado un contrato muy especial que le dará dinero a espuertas.

—Bauman, aparte de astronauta, querida mía, es un gran artista, un pintor de calidad. Va a exponer sus cuadros marcianos en todo el país cuando los pinte. Eso vale dinero.

—¿Y Scoffield? Creo que también va a ganar dinero abundante...

—Scoffield ganará algo de dinero, no tanto como dices —suspiró —. Pero él es algo que yo no soy: fotógrafo especializado. Ha conseguido maravillas fotográficas en Marte y va a venderlas a un magazine internacional, previo consentimiento de la NASA.

—Y tú no eres nadie, claro —dijo ella con sarcasmo.

—Soy solamente Peter Fry, astronauta de profesión. Y aficionado a escribir cuentos de ciencia-ficción bajo mi seudónimo de «Alan Cosmos». Me pagan poco por mis relatos, pero si los firmase como Peter Fry, se burlarían de mí y de mis propios viajes. ¿Qué tiene que ver el espacio que yo recorro, con el que imagino en mis relatos? ¿Qué hay en común entre un planeta real, llámese Marte, Venus o Júpiter, y uno imaginario como Kron, el que yo he creado? Nada en absoluto. La NASA me excluiría de todos sus vuelos futuros si supiera que yo, Peter Fry, escribo esas historias de mundos fantásticos, héroes galácticos y ciudades prodigiosas. Nadie me tomaría jamás en serio. Por eso me he negado a firmar con mi nombre. Ganar mil dólares más por relato no va a servirnos de nada, y podría hundir mi carrera de astronauta, Gala.

—Mil dólares sigue siendo dinero. Más dinero del que ganas escribiendo esas estúpidas paparruchadas de seres de piel dorada y ojos color del arco iris, enfrentados a monstruos dignos de un cuento de hadas. Podrías intentar hacer algo mejor, algo más serio, más real. Como crónicas de tus propios viajes, por ejemplo.

—Eso no se paga nada. Nuestros viajes pueden resultar apasionantes vistos en imágenes, pero narrarlos en un libro resultaría tan ameno como escribir tres tomos relatando una operación de tumor canceroso, pongamos por caso.

—A veces resultas insufrible, Peter —se quejó Gala con acento

mordaz, dirigiéndole una mirada despectiva—. Nunca serás nada, salvo un simple astronauta que tuvo la suerte de ir un día al planeta Marte. Incluso tu colega Akroyd está proporcionando toda clase de comodidades y lujos a Wilma, su esposa. Es más inteligente que tú y ha logrado un excelente contrato con la Eastern Publishing.

Cerró de golpe la puerta tras de sí, dando por terminada la discusión. Peter respiró con cierto alivio y volvió la atención a su máquina de escribir. Trazó las primeras líneas en la memoria electrónica, y el mecanismo las registró sobre el papel de inmediato mientras él meditaba con el ceño fruncido.

Ya estaba otra vez ese maldito nombre: Akroyd. No es que tuviera nada personal contra Jeffrey Akroyd. Pero Gala lograba hacerle detestar su sola mención. Akroyd parecía ser el ejemplo a seguir, el hombre perfecto, el ideal soñado. Gala se había olvidado añadir a su última pulla que Jeffrey Akroyd no había firmado por esa empresa editorial como escritor propiamente dicho, sino como ingeniero astronáutico de la NASA, para un libro especializado en el tema. Por otro lado, Jeffrey Akroyd no necesitaba para nada el dinero que pudiese ganar con su libro, ni era él quien proporcionaba comodidades y caprichos a Wilma, su mujer. Era ella la del dinero, la mujer rica que podía costearse cuanto le viniera en gana sin tener que recurrir al salario de su esposo.

Trató de olvidar todas esas tonterías que lograban irritarle y alterar su natural carácter equilibrado y sereno, enfrascándose totalmente en la redacción de su nueva historia protagonizada por «Héctor» y «Altea», su romántica y maravillosa pareja protagonista de aquellos relatos desarrollados en el no menos maravilloso mundo de Kron, el planeta que nunca había existido.

Allí, en su mágico mundo distante, mezcla de arcaico medievo, de espada y brujería mezclada con portentosos avances científicos, su musculoso y bravo héroe se enfrentaba a las fuerzas malignas de Tenebro, el Dios del Mal, protegido no siempre por Lux, Diosa del Bien, para salvar de todo peligro a su amada y hermosísima Altea, la heroína de trazos casi mitológicos, tan valerosa y arriesgada como él en sus aventuras heroicas y delirantes. Los héroes de piel dorada y ojos irisados, de una raza humanoide superior en lo físico y lo mental, parecían cobrar vida en la mente de Peter Fry mientras éste creaba desde su máquina la historia imposible, entre poderes maléficos, hechicerías oscuras y gestas de titanes.

Era un modo de escapar a la realidad, de huir de Gala y su incomprensión, de los frustrantes viajes a planetas como Marte, de rutina cotidiana que también afectaba a los astronautas, aunque eso la gente no pudiera imaginarlo ni por lo más remoto.

Y así, mientras la vida de Peter Fry transcurría monocorde y nada

feliz en su devenir diario, su imaginación huía hacia mundos imposibles, héroes inexistentes y acontecimientos de fábula.

Hacia un ámbito, en suma, infinitamente más hermoso y apetecible que aquel que le era familiar.

CAPITULO II

Fue una sorpresa para Peter Fry.

Una grata sorpresa que en modo alguno agradó a Gala.

Personas que todavía recordaban al astronauta Peter Fry y su viaje al rojo planeta, le hicieron un presente original y divertido, algo que había salido recientemente al mercado y que podía resultarle ameno en sus largas horas de asueto, lejos de la aventura espacial. Conocedores de sus aficiones a los ordenadores, computadoras y todo lo relativo a la informática, los miembros de la Sociedad Norteamericana de Amigos del Espacio, una de tantas organizaciones civiles que reunían a miembros de la más diversa condición social, todos ellos admiradores o aficionados de las modernas ciencias astronáuticas, llegaron hasta él en la representación de sus dos portavoces más cualificados para tal ocasión: el coronel Langstrom, veterano en la dura guerra de Oriente Medio de la década de los noventa, y la muy respetable y nada agraciada señorita Fanwright, doctora en Ciencias Económicas.

Con ellos, llegó a casa de los Fry un extraño y pesado envoltorio, que depositaron ambos portavoces en el living de la vivienda, antes de saludar personalmente a su admirado Peter Fry.

—Señor Fry, orgullo de la astronáutica americana y esperanza del futuro de esta nación en la conquista del espacio, dada su extrema juventud —comenzó la señorita Fanwright con su voz atiplada y su aire solemne—, permítanos que hoy, como prueba de nuestra más profunda admiración y afecto hacia su persona, tras la gesta magnífica de que ha sido protagonista, nos presentemos ante usted con una pequeña prueba de la devoción que se le profesa en nuestra sociedad, y este modesto obsequio pueda ser evidencia pálida de nuestros sentimientos hacia su persona, simbolizando en usted mismo todas las virtudes de nuestros gloriosos viajeros del Cosmos.

El coronel Langstrom carraspeó, en una delicada insinuación de lo farragoso y altisonante de aquella presentación que la señorita Fanwright había aprendido de memoria antes de su visita, y Gala enarcó las cejas, claramente disgustada y aburrida ante la perorata, pero con sus ojos oscuros muy fijos en aquel bulto enigmático, aún por desenvolver, que permanecía en el suelo del living.

—En conclusión, señor Fry —añadió más concisa ahora la damisela—, nos es muy grato al coronel Langstrom y a mí entregarle, en nombre de nuestra asociación, este nuevo y ameno juego electrónico llamado Hologratron, recién creado por la moderna informática norteamericana, y que posiblemente pueda serle muy útil

en sus ratos de ocio e incluso para posibles cálculos matemáticos y científicos, antes de uno de sus futuros viajes a otros mundos por explorar.

Volvía a su ampulosidad anterior, pese a los esfuerzos del coronel, y Peter ya ni la oía, absorto en la contemplación del abultado objeto, mientras su mente daba vueltas a aquel anuncio recién formulado.

El *Hologratron*. ¿Qué podía ser, se preguntó? Sabía de aparatos holográficos aplicados a la moderna informática, pero nunca había tenido uno ni, normalmente, lo había precisado para nada. Poseía su pequeño ordenador personal, como cualquier persona medianamente interesada en la materia, y nada más.

Había oído hablar de nuevas investigaciones holográficas, de la aplicación de rayos láser a la formación de imágenes corpóreas en el espacio o en una pantalla, pero por ahora esos procedimientos de crear relieve eran sólo experimentales y sin ninguna aplicación práctica. Tal vez este objeto tampoco la tuviera y, al cabo de unos días de manipular en él, dejara de tener por completo utilidad alguna.

Pero de momento le intrigaba y seducía. Sería bonito crear formas corpóreas, relieve auténtico en una pantalla o en el aire, a través de alguna fuente monocromática y coherente.

Y no pudo por menos de responder con sencillez a sus dos visitantes:

—Gracias. Son muy amables todos. Estoy seguro de que este regalo suyo va a proporcionarme momentos de mucho placer y relajamiento.

Peter ignoraba en ese momento hasta qué punto sería ello verdad. Pero a Gala no le gustó su aparente entusiasmo ante el presente. La vio arrugar el ceño, musitar algo en voz baja, con evidente contrariedad, y retirarse luego con un pretexto brevemente formulado entre dientes.

Apenas se fueron sus visitantes, Peter desenvolvió el objeto apresuradamente, librándolo del fuerte papel y tiras adhesivas que lo cubrían. Dejó al descubierto una gran pantalla totalmente negra, con un teclado amplio ante sí. Aparentemente, no se diferenciaba gran cosa de los demás ordenadores, salvo en la circunstancia de que su pantalla estaba confeccionada con vidrio negro o un material que parecía no tener color ni forma, ser simple negrura inmaterial. Tuvo que tocar su superficie fría y cristalina para comprobar que había realmente una pantalla y no un agujero rectangular en aquel punto.

—Bueno, ¿y ahora, qué? —se preguntó, echando mano al manual de instrucciones—. ¿Qué podré hacer yo con semejante adminículo?

*

Gala oyó música en el salón. Una música especial, sonora y voluminosa, pero sorprendentemente melódica. No le pareció que procediera del ambientador musical de la vivienda y fue a ver.

Se quedó sorprendida ante lo que veía y oía.

Ante el nuevo ordenador, instalado en un rincón del gabinete donde Peter acostumbraba a trabajar, estaba sentado su marido, contemplando absorto una fantástica maqueta luminosa, corpórea, que parecía flotar en la pantalla negra del ingenio electrónico, proyectándose al exterior y flotando en el aire con relieve total, magnífico. Era una especie de viejo órgano, del que brotaba aquella música profunda y majestuosa, digna de una partitura creada por Wagner o por Bach. Pero evidentemente, aquélla era una melodía nueva, no escuchada antes de ahora, y que parecía emitida y creada por un ingenio musical jamás visto hasta el momento.

—¿Qué diablos es eso? —murmuró Gala con tono de disgusto—. ¿Es que te has convertido ahora en compositor? ¿Qué es lo que estás haciendo?

—¿Yo? —se volvió hacia ella, sorprendido—. Nada, querida. Me he limitado simplemente a hacer una prueba en el ordenador que me regalaron esos buenos amigos… He pensado en una forma majestuosa y nueva, y me ha surgido esa especie de instrumento musical, del que han comenzado a brotar notas como las que escuchas…

—Ningún ordenador produce sonidos, a menos que esté programado para crear una especie de música o de formas fonéticas, Peter. Y la música compuesta por computadora no se parece en nada a eso que suena ahí…

—Lo sé, lo sé —Peter entornó sus ojos, fascinado—. Y, sin embargo, es curioso…

—¿Qué es lo curioso?

—Que suene así. Es la clase de música que me gustaría oír, que me hubiera gustado siempre componer de haber sabido hacerlo. Fue como imaginar algo… y hacerlo realidad, querida. Una sensación extraña y nueva para mí.

—Pues ve imaginando que te quedas solo el resto de la noche, con tu juguetito. La señora Rexon me ha pedido que vaya con ella al cinematógrafo, a ver la nueva técnica de películas que hace furor.

—¿Esa tontería del nuevo cine que pretende desbancar a la televisión y a las veladas familiares en casa? —Peter meneó la cabeza —. Es una estupidez, Gala. Trucos para intentar que el viejo cine vuelva a ponerse de moda. No es que me guste demasiado sentarme ante un televisor a ver películas y programas necios cada noche, pero considero que todas esas nuevas experiencias no son sino intentos de poner de moda otra vez viejas costumbres. Esa mezcla de cine en relieve, con color y con sensaciones, ya se hizo en el pasado y no tuvo

éxito.

—En el pasado, querido, la gente salía de casa, entre otras cosas porque no se habían inventado chismes como ese que te regalaron. Pero empieza a irritarme pasar la vida entre cuatro paredes, y dije a la señora Rexon que iría con ella.

—Está bien, no tienes que explicarme nada. Ve con tu amiga al cine, y que te diviertas. Yo me quedaré un rato aquí. Luego, me iré a dormir. Mañana tenemos un día de mucho trabajo en la base.

—Que lo pases bien con tu nuevo juguete, querido —dijo sarcásticamente Gala antes de abandonar la casa.

Peter oyó la puerta cerrándose tras ella. Se encogió de hombros y fue a buscar un vaso de leche al frigorífico, regresando ante su flamante aparato. Desconectó la imagen holográfica del órgano original, y la música cesó, quedándose la estancia extrañamente silenciosa ahora.

—¿Qué podría hacer ahora? —se preguntó en voz alta, contemplando la negra pantalla, carente ya de toda proyección en relieve, totalmente negra y vacía. Puso una dé sus manos sobre las teclas con números, letras y signos, algo perplejo—. Presiento que se pueden hacer tantas cosas con un aparato así… Pero me falta imaginación para darles forma, estoy seguro.

Comenzó a manipularla al azar. Creó diversas estructuras cuyo relieve asombraba por su perfección total. El juego era fascinante. Darle forma a las ideas y ver cómo esas ideas se convertían en estructuras en relieve, corpóreas en apariencia, fuera de la propia pantalla, flotando ante él con una sensación de tres dimensiones realmente asombrosa, resultaba no sólo divertido, sino espectacular y casi inquietante. Luego, del mismo modo que las creaba, volvía a diluirlas en la nada con sólo pulsar la tecla de anulación de imagen.

Se pasó así bastante tiempo. Cansado, bostezó al final, apuró su vaso de leche, se desperezó y consultó su reloj. Eran ya las once. Gala estaría ahora junto a la gorda señora Rexon, visionando una película estereoscópica y olorosa, en una nueva sala de cine abierta en la zona residencial de la base, en el nuevo esfuerzo por devolver a la moda los viejos sistemas cinematográficos de otras épocas.

—Es tarde —se dijo—. Debo acostarme. Mañana hay una dura tarea por delante… Y además, tendría que terminar mi relato para el editor… Si no, volverá a llamarme para darme prisas…

Se paró, sorprendido. La idea le hurgó en mente, traviesa y divertida. Gala decía siempre que todo aquello que él creaba para sus cuentos eran bobadas. Mundos imaginarios que nunca existieron ni existirían, héroes de pacotilla propios de juegos de niños o de viejos comics, aventuras imposibles en un ambiente irreal…

Ella tenía razón. Nada era real. Todo lo imaginaba él. Y luego

confiaba en que sus lectores lo imaginasen también. ¿Y si intentara, por una sola vez, por un momento, ver hecho realidad todo aquello en cierto modo?

Contempló el *Hologratron*, su negra pantalla, como un agujero malévolo, abierto a todas las posibilidades, a todas las sugerencias, a todas las tentaciones de una mente imaginativa, fantasiosa…

—¿Por qué no? —se dijo, sintiéndose repentinamente despejado y sin sueño, excitado por su idea—. Será sólo una media hora más como máximo. Luego dormiré a pierna suelta, estoy seguro…

Se sentó delante del ordenador. Conectó una clavija que le hacía apto para programar imágenes holográficas de una cierta complejidad, le aplicó la banda de creación de sonidos, y se dispuso a teclear en el resto del tablero, conforme su imaginación fuera dictándole cosas. Era como sentarse ante su máquina de escribir electroautomática. Sólo que ahora iba a crear sus ideas, sus paisajes, sus criaturas de siempre, dándoles forma en un espacio tridimensional, en una pantalla estereoscópica, en el aire convertido en proyección de imágenes en relieve, no en una simple hoja de papel plana y blanca.

Comenzó a dar forma sobre el teclado al mágico, remoto e inexistente mundo de Kron, a su atlético y poderoso «Héctor», a la hermosísima y virginal «Altea», al siniestro poder oscuro de «Tenebro» y a la angélica influencia de «Lux». Todo ello en el centro de una ignota galaxia que nunca existió, a miles, a millones de años luz, a millones de Parsecs[1], como se decía en el lenguaje técnico.

Una galaxia, un mundo, unos personajes que sólo existían en su cerebro…

Entornó los ojos ensoñador, excitado ligeramente mientras describía con rápido tecleo a sus personajes, al escenario cósmico de sus hazañas imposibles. Estaba, quizá, expresándose todavía más minuciosa y ampliamente que con su máquina de escribir, tratando de darle a la máquina de nueva informática holográfica todos los datos, la información precisa para que, a partir de ella, diera forma a un imposible.

Fue una repentina, extraña sensación la que le asaltó al dejar de teclear y pulsar casi mecánicamente el botón de cierre de programación, para luego oprimir el de la «memoria» de ingenio.

A sus oídos, súbitamente, llegó un vago sonido, musical distante. Era como un viento lejano que fuera aproximándose, que invadiera paulatinamente la estancia. Un viento que al gemir entre formas ignotas, emitiera sonidos sibilantes ó agudos, extrañamente melodiosos, como una armonía mitad celeste mitad infernal, que embriagaba los sentidos.

De algo estaba seguro Peter Fry en ese momento: jamás antes de

ahora, oído humano alguno percibió tales sonidos.

Temió abrir los ojos, por miedo a verse ante imágenes muy pobres y frías, que en absoluto dieran idea de la belleza que su imaginación pretendiera dar a su mundo literario y a sus seres de ficción. Pensó que no había máquina en el mundo capaz de dar forma real a la arrogancia de su «Héctor», a la mezcla de sensualidad y de pureza de «Altea», a los perfiles entre idílicos y obsesivos del planeta Kron, mundo mágico y arcaico, supercivilizado y salvaje, donde todo parecía posible, y donde las fuerzas del bien y del mal estaban en constante y titánica pugna por dominar.

Pero de pronto, sintió la necesidad de abrirlos, de ver, de comprobar hasta qué punto aquel juguete apasionante había sido capaz de comprender sus pensamientos e identificarse con sus ideas…

El sonido del viento en sus oídos se hizo ensordecedor. Algo hirió sus retinas, a través incluso de sus cerrados parpados. Era una luz deslumbrante, sin duda alguna, algo de resplandor azul, cegador y violento. El conocía aquella luz, aunque jamás la viera antes sino con los ojos de su imaginación.

El planeta Kron estaba alumbrado por dos soles gemelos azules, los llamados Ishar y Zan… ¡y ésta podía ser perfectamente la luz de aquellos soles inexistentes!

Abrió los ojos. Esa luz le envolvía, le cegaba, invadía toda la sala donde se hallaba sentado, frente a frente con el ordenador halográfico. Partía de todos los puntos imaginables, parecía surgir en haces violentos y avasalladores de la propia pantalla negra del Hologratron.

Y en medio de ese resplandor que le impedía ver absolutamente nada, cegado por esa claridad fantástica e increíble, ocurrió algo escalofriante.

Una mano fuerte, nervuda, poderosa, se apoyó en su hombro. Una voz varonil, sonora, profunda, brotó de la bruma de luz azul, saludándole:

—Hola, Peter. Yo soy Héctor…

CAPITULO III

A Peter Fry le hubiera sorprendido mucho el aspecto de la señora Rexon, de haber podido estar presente en donde ahora se hallaba Gala, su esposa. El sabía que Ada Rexon, esposa del instructor especial de la NASA, Gilbert Rexon, era una mujer grande y obesa, con más de doscientas libras de peso sobre sus grandes pies planos. Pero en absoluto se parecía a aquel armonioso cuerpo, atlético y broncíneo, de músculos bien desarrollados, sobre el cual se veía un rostro viril, cuadrangular, de delgado bigote negro, ojos oscuros y apasionados, cabello brillante y rizoso y expresión siempre entre burlona y arrogante.

Tampoco la actitud de Gala Fry con aquel caballero tan poco parecido a la señora Rexon era la de una simple amistad con un persona de otro sexo. En esos momentos, cuando Peter Fry acababa de abrir sus ojos a una luz azul desconocida, sentía el contacto de una mano en su hombro y el sonido de una voz imposible en sus oídos. Gala Fry besaba los labios del hombre arrogante, se dejaba estrujar los firmes pechos por las manos de su pareja, y respondía a todo eso con murmullos de éxtasis.

—Gala, mi vida... —susurró el hombre roncamente—. Te deseo... Eres mía, mía...

—Sí, Jim, soy tuya... —musitó ella estremecida, dejándose rodear por los brazos varoniles—. Tómame, amor...

El no se hizo repetir la orden. Las ya escasas ropas que se interponían entre él y el cuerpo femenino, fueron arrancadas con pocos miramientos, y la desnudez sensual de la insaciable Gala se hizo evidente en el sofá de aquel living donde sonaba música amortiguada y la luz daba un resplandor tenue, casi cómplice.

La hembra se entregó a él plenamente, y la sala se llenó de jadeos y espasmos, a medida que los cuerpos desnudos se ensamblaban en uno solo. La escena se prolongó y se repitió hasta la saciedad, sin que Gala pareciera nunca agotada por la ruda lucha amorosa entablada.

Al fin, fue el hombre que dio la impresión de sentirse extenuado, y cedió en sus afanes sensuales. Ella suspiró, como si se sintiera frustrada por esa pausa.

El encendió un cigarrillo, se cubrió con una bata y paseó por la estancia, tras llenar dos copas de licor rosado. Ella le miraba feliz, impúdicamente desnudo su cuerpo voluptuoso, como esperando nuevos placeres todavía.

—¿Seguro que Peter no sospechará nada? —peguntó él por fin.

—¿Qué va a sospechar ese pobre tonto? —rió ella, despectiva—.

Está demasiado entusiasmado con su nuevo juguete para pensar en otra cosa. Cree a pies juntillas que he ido a esa horrible sesión de cine con la más horrible aún señora Rexon.

—Esperemos que así sea —él dio unos pasos más. Se detuvo de repente, se volvió y miró a su compañera de aquella noche. En el muro, frente a ambos, se veían dos grandes estereofotos en color enmarcadas. En una, el hombre aparecía vestido de astronauta, sobre el suelo del planeta Venus, y debajo una fecha: «Proyecto Atlántida. Mayo de 1992. Astronauta Jim Akroid sobre el Planeta Venus.»

La otra fotografía mostraba al propio Akroid junto a una bella, delicada joven rubia, de claros ojos verdes, de tez suave y mirada soñadora. Era Wilma Akroid, su esposa.

—Así será, no temas —suspiró Gala—. Por otro lado, ¿qué puedes temer de Peter?

—Más de lo que imaginas. No es ningún tonto. Si no le quieres, ¿por qué no te divorcias de él?

—No lo permitiría. Es católico. Tiene un cierto criterio sobre esas cosas.

—¿Y si descubriera que le eres infiel?

—No sé lo que haría. De veras, no sé. Pero me es igual. Estoy harta de él. Sólo que temo que ni así me dejara libre. No habría divorcio, eso seguro.

—Entonces, mátalo —rió Akroid burlonamente.

—Eso es, exactamente, lo que pienso hacer —dijo ella gravemente.

Akroid la miró, creyendo que bromeaba. No le gustó lo que vio en la cara de la mujer. Aquel gesto maligno no reflejaba sentido alguno del humor. No bromeaba en absoluto.

—¿Estás loca? —jadeó—. Supongo que es un chiste…

—No es ningún chiste. Voy a matar a Peter. Y tú vas a matar a Wilma, tu mujer.

—¿Qué? —a Akroid le cayó de la mano el cigarrillo, sin que se diera cuenta siquiera.

—Tendrás que hacerlo, te guste o no —dijo Gala fríamente—. He conseguido algunos informes sobre ti muy comprometedores, sobre ciertas irregularidades financieras en la administración de los bienes de tu esposa, y también tu oscura participación en la muerte de otro astronauta, Miles Corman, hace cinco años en el vuelo a la Luna.

—¡Calla! —rugió Akroid, palideciendo, y mirando en torno asustado—. ¿Qué es lo que estás diciendo?

—Sabes muy bien que es verdad —rió Gala con sarcasmo—. Tienes que ayudarme, estás obligado a ello. Me libraré de un marido molesto. Tú, de una esposa rica, que te hará a la vez inmensamente rico a ti, como su viudo. Luego, nos uniremos ambos. ¿Qué te parece la idea?

—Espantosa. Gala. No puedes hablar en serio…

—Vaya si hablo en serio. Eso, Jim, o mañana tu esposa y la dirección de la NASA sabrán los dos asuntos. Decide tú mismo, cariño…

—Gala, esto es una locura. No puede salir bien… —la voz ronca de Akroid temblaba ahora.

—Saldrá bien. Yo soy una mujer fría y bien organizada. Confía en mí. Seremos libres, ricos… y más unidos que nunca los dos. Peter debe morir lo antes posible. Parecerá un accidente, claro. También lo de Wilma.

—Por Dios, es espantoso… Recuerda que mañana regresan del vuelo espacial a Mercurio el hermano de Wilma, Roger, y sus compañeros Stuart y Hendrix…

—Mañana no ocurrirá nada aún. Esperemos a que Roger, Stuart y Hendrix estén de vuelta de su vuelo cósmico, que Wilma se sienta feliz junto a su hermanito. Después, esta misma semana… ambos morirán. ¿De acuerdo, Jim?

Akroyd hundió su morena cabeza entre las manos.

—Me temo que no haya otro remedio… —jadeó.

—Bravo, mi hombre —aprobó ella, enroscándose desnuda a su cuerpo—. Ahora, gocemos de nuevo, amor. Gocemos como nunca los dos…

Peter contempló estupefacto al ser erguido ante él, tras descubrir que la mano apoyada en su hombro tenía la epidermis de un singular color dorado, como sólo su imaginación había podido soñar para sus personajes inexistentes.

—No, no es posible… —musitó—. No puedo estar viendo lo que veo… Es… es una imagen holográfica demasiado… demasiado perfecta…

—¿Yo, una imagen? —rió el hombre puesto en pie delante suyo—. Soy algo más que eso, Peter Fry. Soy Héctor, una persona a quien conoces muy bien…

— Héctor… —meneó la cabeza, sin quitar sus ojos de aquel ser—. No, no…

No podía admitirlo. No era posible que aquello fuese real. Era como ver materializado un sueño, una idea. Como si un director cinematográfico hubiera encontrado al actor idóneo para «su» Héctor: gigantesco, atlético, musculoso, de noble aspecto, rostro varonil e ingenuo a la vez, grandes ojos irisados, cabello broncíneo, ropas metalizadas…

Sólo que no era un vulgar actor. Acababa de «salir» de una negra pantalla de ordenador, como una imagen hecha cuerpo. Alargó Peter su mano. No pasó a través de las estructuras falsamente corpóreas de un holograma normal. ¡Héctor era *material*, corpóreo! Pudo palpar sus

duros músculos elásticos. El ser imaginario se echó a reír.

—¿De qué te extrañas? —murmuró—. Tú me has creado. Y a ella también...

¡Ella!

—Altea... ¡No, Dios mío...! —gimió Peter, estupefacto, contemplando por vez primera a la mujer del planeta Kron.

Ella salía en este momento de la negra pantalla, su figura se materializaba en el gabinete, igual que si un televisor cobrara de repente absurda vida. La figura esbelta, grácil, armoniosa, con la tenue túnica metálica, laminada, adherida a sus formas de virgen dorada, la larga melena de color plata oscura, los ojos de pupilas con tonos de arco iris...

—¿Me imaginabas exactamente así, Peter? —preguntó ella suavemente, mirándole a los ojos profundamente.

—Yo... no sé... —jadeó Fry, trémulo, al sentir cerca de él un tenue aroma a piel de mujer, el calor de un cuerpo femenino, turgente y a la vez etéreo, estilizado y sutil—. Altea, cielos... Un sueño hecho mujer... Una mujer de ensueño hecha realidad, tal vez... tal vez carne humana...

—Soy carne —rió ella, acercándose tanto a Fry que su seno le rozó el brazo, provocando un escalofrío en el joven astronauta—. Tócame, Héctor no sentirá celos de ti por ello.

—Claro que no —Héctor rió suavemente—. Eres el único humano de quien nunca sentiría celos, Fry. Eres algo más que otro humanoide como nosotros. Eres... nuestro creador.

Creador...

La palabra tenía resonancias extrañas, casi litúrgicas, para Peter Fry. El, un creador... Un creador de hombres, de mundos, de materia... ¡El, un dios! No podía ser, era demencial. Pero no obstante...

No obstante, Héctor y Altea estaban allí. Ante él. Sonrientes, llenos de vida. Tangibles, reales, corpóreos... Hablaban, sonreían, sentían... vivían. Era una sensación estremecedora, alucinante casi. Por un momento, temió no estar cuerdo, haber perdido la razón. O sentirse prisionero de la locura de un ordenador diabólico.

—No, Peter —negó dulcemente ella, la hermosa Altea, apoyando también una mano en él, tocando su cuello, elevando los largos, sutiles dedos hacia su mejilla, que rozó tiernamente, haciéndole estremecer con aquel contacto. La voz siguió, melosa—: No imaginas cosas, no sueñas, no deliras. Existimos. Estamos aquí. Contigo. Somos criaturas de tu mente, lo sabemos. Nunca hemos existido hasta ahora, salvo en tu cerebro. Pero nos has dado forma, nos has dado vida. Somos tuyos. Héctor y yo somos tus amigos. Nos hiciste nobles, dignos. Hermosos también. Te estamos agradecidos. Nos alegra poder

llegar a ti, darte las gracias por esta vida que nos facilitas.

—Altea, Héctor, estas cosas no ocurren —jadeó Peter—. Es una jugarreta de esta estúpida máquina. Yo sólo quería una imagen holográfica vuestra, una simple visión idealizada, en aparente relieve, un simple juego de la técnica del hombre. Pero esto… esto va más allá, mucho más allá… y me da miedo.

—¿Miedo? —Héctor se encogió de hombros. Se sentó en el borde de una mesa, y su amplia capa púrpura, de tejido metalizado, flotó en torno a sus musculosas piernas de atleta—. ¿Por qué tener miedo de lo que uno mismo es capaz de crear? No, Peter, estás en un error. La máquina sólo te ayudó a hacer realidad un oculto deseo. Es tu mente, eres tú quien puede crear materia, formas vivas o inertes, mundos o seres. Tú siempre has tenido esa facilidad sobrehumana, ese don paranormal.

—¿Yo? Oh, cielos, no…

—Sí, Peter. Tú. Sólo tu persona, tu cerebro, tu voluntad. Es un don que algo o alguien te proporcionó al nacer, sin que tú lo supieras. Pero te faltaba un vehículo, un medio técnico de hacerlo realidad. Ya lo tienes. Esa máquina es tu medio de dar forma a tus mundos imposibles, a tus imaginaciones.

—Eso… eso es ser como un dios, Héctor.

—¿Un dios? Tal vez —el hombre de Kron se encogió de hombros —. Estoy habituado a luchar contra dioses y demonios, contra monstruos de la imaginación, contra creaciones de la mente. Kron es un mundo extraño y terrible, tú lo sabes mejor que nadie.

—¡Kron no existe! —clamó Peter, rebelándose contra todo aquello que él mismo desencadenara—. ¡Yo he inventado Kron! Yo os inventé a vosotros.

—Claro, Peter. ¿Quién te niega eso? Pero existe una Dimensión que tú mismo desconoces, la de los seres y cosas nunca creados, nunca materializados… Esperando en su ámbito de la Nada total a ser moldeados por su creador. Tú lo has hecho. Kron sí existe. Ahora existe. Míralo…

Aun a su pesar, Peter miró. Miró a la negra pantalla que le señalaba Héctor.

Y vio al planeta Kron. Viajó, no sabía si física, mental o extraterrenalmente, a través de lo desconocido y de lo imposible. Viajó a aquella Dimensión irreal anunciada por su héroe literario… y vio en la pantalla el mundo más fantástico y terrorífico que jamás pudo soñar.

De la pantalla emergían, como en un sueño delirante, las visiones corpóreas más increíbles que se pudiera concebir en una mente humana. Colores, formas, nieblas y brumas, formaban una estampa entre mitológica y dantesca, allá en las profundidades mismas de la

negrura inmaterial del ordenador holográfico. Se sentía sumergido dentro de esas nuevas formas, de esas dimensiones absorbentes y fabulosas, hasta que le rodearon, como en una fantástica proyección de la que él mismo formara parte, con Héctor y Atea a su lado.

Supo que estaba en el planeta Kron, que aquellas rocas negras y doradas que le rodeaban, aquel suelo purpúreo y aquel cielo amarillento, vaporoso, a través del cual pugnaban por filtrarse los rayos de dos sotes azules, eran las Tierras Malditas de Kron, el mundo oscuro y terrible de Tenebro, el Dios del Mal, suprema simbiosis de magia y maldad, de perversión y poder maléfico. En el fondo del paisaje demencial, cumbres negras, vapores candentes del infierno, brumas de pesadilla, alados seres míticos, mezcla de «griffos» y de dragones, acaso cruce absurdo de pterodáctilos y vampiros, negros como la noche, con ojos rojos como la luz del infierno, sobrevolaban tierras volcánicas y abruptas, parajes desolados y ardientes, con una risa hiriente, maligna y estridente, flotando allá en la distancia, como un viento de horror que agitara las nieblas vaporosas y las membranosas alas de los reptiles voladores…

—Las Tierras Malditas… —jadeó Peter como en éxtasis, sintiéndose virtualmente inmaterial, alado, flotando entre aquellos parajes que sólo podían existir en su imaginación de escritor, unida a sus experiencias de astronauta—. El mundo de Tenebro, la Zona Prohibida de Varkia…

—Sí, Peter, es Varkia, la región del poder maligno de Kron… —susurró la voz de Héctor, su insólito anfitrión en aquel viaje a lo inexistente—. Dejemos atrás este mundo de horrores donde la risa de Tenebro lo domina todo, y pasemos a la ciudad mágica de Azhán, capital de Kron…

—Azhán… —repitió Peter—. Nunca imaginé verla… Sólo podía imaginarla…

Ya no era preciso. No necesitaba imaginarla. Estaba allí ante él. Las brumas se habían fundido en luz azul, las sombras y nieblas de Varkia, la Tierra Maldita, ya no existían para dar paso a la luz resplandeciente que hacía de Azhán la urbe del ensueño y la quimera, la gran ciudad de los habitantes pacíficos y afables de Kron, el lugar que Tenebro ansiaba destruir con sus fuerzas malignas, enfrentándose a la luz que surgía del templo de Lux, la Diosa del Bien, en la más alta cumbre de la ciudad amurallada.

Allí estaba tal como él la describía en sus relatos, tal como la soñó a veces: mítica, vertical, resplandeciente. Muro de vidrio, torres de cristal, cúpulas doradas, naves de plata y dominándolo todo, el haz brillante del Faro de la Torre Urbana, el templo de Lux… Protegiendo y cubriendo la ciudad contra las acechanzas del malvado Tenebro y sus siniestros siervos.

Toda esa imagen se alejó, quedándose solamente reflejada en forma estereoscópica al fondo de la pantalla, como una visión distante, al otro lado del cristal. Pero Héctor y Altea seguían allí, a su lado. Sonrientes, divertidos incluso con su gesto de asombro infinito ante la magia de lo imposible.

—¿Te das cuenta, Peter? —murmuró Altea sentándose a su lado—. Kron está ahí, al alcance de tu vista y de la nuestra, pese a su lejanía. Pero nosotros estamos *aquí*, a tu costado, junto a tu persona. Nos has traído a tu mundo, a tu dimensión, sólo con desearlo. Puedes crear materia inerte o viva, Peter. Y nunca lo supiste. Ahora ya lo sabes. Nos tienes contigo. Puedes devolvernos a nuestro mundo de Kron, borrar todo con sólo desearlo. ¿Lo vas a hacer?

—¡No! —protestó Fry—. ¡Rotundamente, no! Quiero que os quedéis, que seáis mis huéspedes, mis invitados, mis amigos.

... Sois mis criaturas, tengo derecho a pediros ese favor, a1 menos por ahora...

—Claro, Peter. Pero tu mundo es muy distinto al nuestro, la realidad y la ficción rara vez coinciden en algo. ¿Crees que va a ser cómodo explicar nuestra presencia aquí?

—No lo sé aún. Esperad, tengo una idea. Cerraré esta estancia a cal y canto. No entrará nadie en ella. Vosotros... ¿vosotros podéis... sobrevivir, alimentaros, aun encerrados aquí?

—¿Encerrados? —Héctor sonrió, señalando la pantalla con la vista de Kron en la distancia—. No hay encierro posible, estando eso ahí. Es la puerta a Kron. Podemos ir y volver mientras tú no decidas lo contrario... Sólo tú tienes capacidad para decidir, Peter. Eres nuestro creador, no lo olvides...

—¿Y si alguien manipulara esta máquina en mi ausencia? —quiso saber Fry—. ¿Y si borrase la programación actual?

—Mientras nosotros estemos aquí, a este lado de la pantalla, nada ni nadie puede evitar que permanezcamos, salvo tú mismo. Otra cosa será si estamos en Kron. Sería como cerrar la puerta por donde podemos pasar a tu propia dimensión real.

—Eso no sucederá mientras pueda evitarlo —dijo Peter, maniobrando en el tablero del ordenador. Pulsó una serie de teclas—. Ya está. He registrado una clave que nadie puede codificar. De ese modo, la conexión con Kron nunca se alterara mientras yo no lo decida.

—Ten cuidado, Peter —avisó Altea—. Eso puede ser peligroso.

—¿Peligroso? ¿Para quién? —se extraño Fry.

—Para todos. Igual que nosotros hemos llegado, podría venir el poder maléfico de Tenebro... De momento no ha logrado traspasar esos límites, pero tú has creado a un dios del mal, recuérdalo. Y un dios puede muchas cosas, sobre todo cuando la maldad y el odio

guían sus pasos…

—Espero que nunca sea así —suspiró Peter—. Que Tenebro siga encerrado en su mundo inexistente. Yo no pienso programar nada para traerlo aquí y materializarlo.

—Lo sé, Peter —terció Héctor pensativo—. Lo que me preocupa es que él lo haga…

—¿Tenebro? Imposible —rió el joven astronauta—. Es mi creación, no lo olvides. Hará lo que yo piense y quiera. Y por ahora, como siempre, supongo, mi deseo es que se quede ahí eternamente, vencido por las fuerzas del Bien, encerrado en su destierro de Varkia, la Tierra Maldita.

—Así sea —suspiró Héctor poniéndose en pie. Su enorme arrogante figura de coloso paseó por la estancia—. ¿Vives solo?

—No. Mi esposa Gala me acompaña. Ahora está fuera con una amiga. Es hermosa como tú. Altea. Pero desgraciadamente, no tan dulce…

—Los hombres siempre imagináis aquello que no poseéis —sentenció Altea suavemente—. Te comprendo, Peter. Y espero que, pese a todo, seas feliz.

—Lo soy, Altea, lo soy. Vosotros, que poseéis poderes extrasensoriales como yo os doté en mis relatos, supongo que podréis daros cuenta de ello…

Héctor y Altea se miraron. El arrugó el ceño. Altea no alteró su rostro dulce y tierno. Tras un breve silencio, fue él quien habló con tono grave:

—Sí, Peter. Me doy cuenta de que amas a Gala. También Altea lo nota. Deseamos que seas feliz. Muy feliz.

—Gracias, amigos —sonrió Peter, tendiendo sus brazos a ambos y apretando el hombro de Altea y el brazo atlético de Héctor con energía y afecto—. Sé que es así. Nadie puede conoceros mejor que yo. Ahora quedaos aquí, os lo ruego, o volved momentáneamente a Kron. Mañana hablaremos de nuevo. Debo descansar. Me espera una dura jornada de trabajo y hoy me he excedido. Además, todas estas emociones…

Ignoro si podré descansar, la verdad. Ha sido todo tan excitante, tan increíblemente mágico… Aún no puedo creerlo, no sé si sueño…

—Mañana, al despertar, comprobarás que no sueñas, Peter Fry —sentenció Héctor amistoso, cordialmente, mirándole con afecto.

Peter abandonó la estancia. Los dos seres de Kron se miraron largamente, en el silencio de la estancia, cerrada con llave por el astronauta tras su ausencia. Sólo la luz azul de Kron, desde la pantalla de halógrafo, invadía de fantasmal resplandor la sala. Las figuras de los extraños eran como increíbles seres, mezcla de dioses y humanos, moviéndose en silencio ante el ordenador.

—¿Qué podemos hacer por él, Altea? —musitó Héctor sombrío.

—No sé, Héctor, querido —susurró ella—. ¿Viste lo mismo que yo?

—Sí. Gala no estaba con una amiga. Era con otro hombre.

—Le engaña. Peter no merece eso.

—No, no lo merece. Hay maldad en ella. Pero no podemos decírselo. Le causaríamos mucho daño. Y él la ama, es feliz... o cree serlo.

—Son difíciles los problemas de los humanos en este ambiente. En Kron no existe la mujer adúltera.

—No, no existe. Pero existe Tenebro. El mal está siempre en todas partes. Altea, sea cual sea su forma.

—También el Bien, ¿no es verdad?

—Sí, también —aceptó él mirándola dulcemente y rodeándola con uno de sus fuertes brazos—. Vayamos a nuestro mundo y reposemos. Altea. Mañana decidiremos lo que se puede hacer en su favor, querida...

Luego, como en un acto de magia suprema, los dos cuerpos materiales, corpóreos, se volvieron intangibles, simple imagen holográfica que se fundía con el paisaje azul y fabuloso de la capital del planeta Kron, la legendaria Azhán.

CAPITULO IV

—Estamos aproximándonos a la Tierra, amigos —dijo con tono triunfal y bastante aliviado a la vez el comandante Roger Nolan, de la expedición del «Proyecto Zeus».

Ben Stuart y Alvin Hendrix, compañeros de vuelo espacial de Roger en la cápsula Zodiac, asintieron complacidos, tras consultar los instrumentales de a bordo.

—Y todo sin novedad, pese al choque de aquel aerolito al salir de la órbita de Mercurio —hizo notar Hendrix.

—Tuvimos suerte de que resistieran las losetas exteriores —apuntó Stuart desconectando el canal de televisión que les había mantenido en contacto con Houston durante las últimas diez horas—. Si no, sólo Dios sabe lo que hubiera podido ocurrir. Era un meteorito muy extraño. Yo diría que se lanzó contra nosotros.

—¿Intencionadamente? —Hendrix se echó a reír de buena gana, manteniendo en el aire su dossier y su bolígrafo especial, suspendidos por la ausencia de gravedad—. Vamos, vamos, la imaginación está bien para los escritores, no para nosotros. Nunca vi intencionalidad alguna en un trozo de piedra.

—Tienes razón, Alvin —corroboró Roger Nolan pensativo—. Y, sin embargo, yo llegué a tener la misma impresión que Ben durante unos momentos. Fue como si aquel pequeño meteoro nos observara, nos estuviera contemplando malignamente… y luego atacó. Fue una estúpida impresión imaginativa, lo sé. Pero no pude evitar tenerla.

—Decididamente, sois dos fantasiosos de campeonato —rió divertido Hendrix—. Pero lo cierto es que la dichosa piedrecilla pudo habernos causado un buen disgusto si llega a taladrar el fuselaje de la Zodiac. Hasta el pobre «Rocky» tuvo miedo, ¿no es cierto?

Y miró al aludido con una sonrisa irónica. El tal «Rocky» se limitó a pestañear, sujeto a sus correajes y con su casco de electrodos en la cabeza, sin pronunciar palabra al respecto. Era lógico que fuese así, porque por muy inteligente y capacitado que fuese «Rocky» para formar parte de aquella expedición con carácter experimental, no dejaba de ser simplemente lo que era: un simio.

«Rocky», el vivaz chimpancé de a bordo, era no sólo un objeto de experimentación científica en el espacio, relacionada con la supervivencia de animales en el Cosmos, sino también un buen camarada y una mascota para sus tres camaradas humanos.

Como si entendiera lo que ellos querían decir, «Rocky» emitió dos grititos agudos e hizo un par de saltos, bastante cortos porque sus cables y correas no le permitían excesiva movilidad. Ellos rieron de

buena gana ante sus gracias, mientras los indicadores de a bordo iban señalando gradualmente la aproximación de la cápsula a la órbita terrestre. A ellos, como a todo astronauta, les resultaba particularmente grato el momento de regresar a casa, después de una aventura en la distancia, que en esta ocasión había sido en Mercurio, el pequeño planeta vecino del Sol, con sus difíciles condiciones de clima y estructura. Denso y calcinado. Mercurio ofrecía al viajero un mundo que llevaba miles de millones de años muerto geológicamente, abrazado en sus tardes por los doscientos treinta grados centígrados, y congelado en sus extrañas noches por debajo de los ciento setenta y tres grados negativos.

Desde aquel pequeño e inhóspito mundo, cuyas pruebas

minerales llevaban a bordo, habían podido contemplar en sus tétricas noches, sobre mesetas desoladas y picachos petrificados la luz singular de una lejana estrella azul, particularmente bella y emotiva para ellos; la propia Tierra, brillando la noche como una invitación al retorno…

Ahora, al fin, aquel mundo hostil quedaba atrás definitivamente, y los tres viajeros humanos y el astronauta simio regresaban a su casa, dispuestos a narrar a todos, las maravillas y las dificultades de su travesía cósmica hacia las proximidades solares.

—«Rocky» no hace tantas monerías como antes —señalo Nolan preocupado—. Ha ido perdiendo jovialidad y alegría durante el viaje.

—Eso no es cierto —rechazó Stuart—. El día que abandonamos Mercurio dio más saltos que nunca, no sé si porque allí la gravedad es menor, o porque estaba muy contento por retornar a su hogar terrestre. Y nunca nos reímos tanto con él como ese día.

—Es verdad —confirmó Hendrix—. Yo diría que la seriedad de «Rocky» viene de hace poco. Sólo de un par de días

—Justamente lo que hace que nos golpeó el meteorito —hizo notar Stuart.

Hendrix arrugó el ceño y miró burlón a su compañero. Pero notó el asentimiento de cabeza del comandante Nolan y calló.

—Muy cierto —corroboró Roger—. Hace dos días que parece triste.

—Veamos qué le pasa al bueno de «Rocky» —sonrió Hendrix incorporándose de su asiento y caminando hacia «Rocky» flotando en el aire ingrávido de la cabina.

Se acercó al buen simio y, como muchas veces hiciera durante aquel viaje, le tocó la cabeza, dándole luego un ligero y cariñoso golpe en la mandíbula.

El resultado fue sorprendente. Igual que si hubiese golpeado a un tigre furioso.

El simio pegó un alarido, se precipitó hacia su mano y la mordió

rabiosamente antes de que Alvin Hendrix tuviera tiempo de retirarla. Luego, exhibió sus dientes en una mueca feroz y brillando enardecidos sus pequeños ojillos oscuros.

—¡Diablo, se ha vuelto loco! —bramó Hendrix, contemplándose sorprendido su mano ensangrentada, donde los incisivos de «Rocky» habían dejado clara huella—. Esto nunca lo hizo, ni aun estando enfadado…

—Esperad —avisó Roger con voz cauta—. Trataré de calmarle. Stuart, aplica a Alvin una inyección preventiva, por si acaso. Pudiera muy bien ser una especie de rabia espacial, conviene estar alerta.

—Sí, señor —dijo Ben, tomando con rapidez a Hendrix para atenderle, mientras Nolan se aproximaba al simio, que seguía gruñendo, excitado, exhibiendo su dentadura en fiero gesto, nada habitual en él.

—Eh, muchacho, ¿pero qué te pasa? —le habló suavemente, tratando de calmarle—. ¿Es que estás nervioso? Todos lo estamos por volver a casa, «Rocky», pero no nos ponemos así. Ven, sé buen chico, anda. Te daré unas golosinas si te calmas y no vuelves a esos malos modos…

«Rocky» parecía calmarse paulatinamente bajo la mirada y la voz de Roger, persona que tenía sobre él una cierta autoridad y dominio. Confiado en eso, el comandante de la Zodiac trató de suavizar aún más al chimpancé acariciando su cabeza levemente.

Fue otro error. Nuevamente el mono se rebeló contra esos modos suaves, y atacó de modo imprevisible a Roger. Esta vez la cosa fue peor. De un manotazo se arrancó el casco de los electrodos de lectura de sus reacciones psicofísicas, y con la otra dirigió un golpe feroz a Nolan que, de haberle alcanzado, le hubiese causado serio daño.

Pero al mismo tiempo, y sin solución de continuidad en su actitud agresiva, «Rocky» cargó contra Roger de una dentellada, no alcanzándole los dedos de puro milagro. Fue tan violento el choque de mandíbulas, el crujido de dientes al morder, que el hermano de Wilma, con un escalofrío, comprendió que acababa de salvar la mano; sus dedos hubiesen sido arrancados de cuajo por aquel mordisco salvaje, de haberlos cogido como el mono quería.

—¿Qué significa esto, «Rocky», maldito seas? —rugió Nolan, furioso, encarándose con el simio ya sin suavidad alguna—. ¿Es que estás rematadamente loco?

Debía de estarlo, porque la respuesta fue terrible. El simio se despojó a tirones violentos de las correas que le sujetaban a su asiento habitual, y se precipitó sobre los tres astronautas, después de descargar un golpe terrible a uno de los cuadros de instrumental de a bordo. El resultado fue que saltaron chispas violentas, se rompieron varios fusibles y cables estallaron unos contactos y se inició un fuego

parcial en el tablero electrónico.

Con un aullido de sobresalto, Alvin Hendrix se olvidó de su mano sangrante y del dolor que la atenazaba, para correr hacia el extintor, flotando su cuerpo en el vacío ingrávido de a bordo, y detener la catástrofe. Mientras tanto, «Rocky» con ojos llameantes, echando babas y gruñendo ferozmente se disponía a atacar el resto de las instalaciones.

Ben Stuart no supo qué hacer, pero Roger Nolan sí, tomando una fría, terrible y drástica decisión que era el primero en lamentar, dado su personal afecto al buen animal que hasta entonces fuera «Rocky».

Desenfundó su pistola y disparó contra el animal. Aun en un clima sin gravedad, la bala podía ser tan mortífera como en la Tierra. Alcanzó de lleno a «Rocky» en la cabeza. Esta se le llenó de sangre.

Con un alarido agónico, el mono se agitó, debatió sus largos brazos velludos, miró con odio a su matador, y empezó a caer lentamente, mientras la hemorragia de su cráneo perforado aumentaba por momentos.

En el momento de morir, «Rocky» dulcificó su expresión miró a Roger como si no entendiera nada y, muy lentamente, sus ojos se quedaron opacos y vidriosos, mientras la boca, antes crispada con el gesto del odio, se distendió, en una mueca apacible.

Reinó un silencio mortal a bordo. En Houston habían detectado las averías causadas por «Rocky». A través del canal abierto de transmisión llegaban voces perentorias pidiendo explicaciones. Nadie parecía capaz de darlas por el momento.

—Dios mío, ¿qué he hecho? —jadeó Roger—. Pobre «Rocky»...

—No, amigo mío. Has hecho lo justo —susurró Hendrix, lívido, apagando el fuego del tablero de mandos—. Hubiera destrozado todo, y sólo Dios sabe lo que nos hubiese llegado a suceder a los tres. Estaba enloquecido.

—Pero enloquecido, ¿por qué? —musitó Ben Stuart perplejo—. ¿Por qué?

—Al morir pareció serenarse... —susurró Roger, fija su mirada en el cadáver del simio, aún humeante su pistola— Pobrecillo... Nunca olvidaré su gesto al mirarme...

—Mira eso, Roger —indicó ahora Ben, inclinándose junto al simio —. Esto en la cabeza... Nunca lo tuvo antes de ahora

El comandante de la Zodiac se aproximó al mono, examinó el punto de su cráneo donde señalaba Ben, junto al cerebelo.

Una pequeña protuberancia, parecida a un chichón, asomaba allí. Tenía un peculiar color verdoso, parecido al moho, como una película rugosa sobre la protuberancia. Roger Nolan arrugó el ceño, sorprendido.

—¿Cómo pudo hacérsela? —se preguntó—. Que yo sepa no se dio

golpe alguno…

—Espera. Roger —terció Hendrix, que se estaba vendando su mano herida con un apósito—. Creo recordar ahora algo. Fue cuando el meteoro chocó con el fuselaje y rompió las dos capas de losetas exteriores de protección… Cayó justamente donde «Rocky» descansaba. Le hizo despertar y gritó, llevándose las manos a la cabeza, cuando el fuselaje quedó abollado, y aquella especie de resplandor, como de metal en fusión, acompañó al impacto final, antes de que el meteorito se disolviera en el aire, hecho añicos sin duda tras el choque… Juraría que la luz de ese estado fugazmente candente del fuselaje, brilló justo sobre su cabeza…

—Tal vez alguna radiación cósmica… —apuntó Ben—. No sabemos nada de ciertos cuerpos que flotan en el espacio Roger.

—Muy cierto —miró penosamente el cuerpo sin vida, un vez más. Luego, adoptó una decisión brusca—: No podemos correr riesgos. Tal vez esa radiación le contaminó, y su cadáver pueda traernos ahora algún tipo de contagio. Nos desharemos de él.

—¿No será conveniente conservar el cadáver para que lo examinen en los laboratorios y detecten la posible naturales de ese bulto, sea quiste, tumor o lo que ello pueda ser? —sugirió Hendrix.

—No. No es conveniente. Que resuelvan a través de 1os análisis obtenidos mediante la lectura a distancia de su mente. Preparadlo todo para expulsar el cuerpo de «Rocky» al vacío. Es todo.

Y se sentó ante sus mandos, sin añadir nada, ceñudo y sombrío. Ben y Alvin se miraron, movieron la cabeza y procedieron a obedecer. Minutos más tarde, el cadáver del simio era expulsado al vacío y se perdía en el inmenso abismo del Cosmos, flotando en la nada absoluta…

Horas más tarde, se les advertía en la Tierra sobre la proximidad de su llegada a los límites de la zona orbital terrestre.

Para entonces, Alvin Hendrix tenía un diminuto quiste emergiendo tras su oreja derecha. Un quiste sobrecubierto de una delgada capa verdosa como el moho… Pero ni él ni los demás astronautas advirtieron absolutamente nada.

*

—Es el momento, querido. Hay que matarles a ambos.

Akroyd asintió, sombrío. Toda sombra de duda, toda indecisión quedaba ya atrás. Estaba decidido. Peter Fry debía morir, para que Gala fuera totalmente suya. Pero también tenía que desaparecer Wilma. Así, él sería libre… y rico. El dinero de ella era algo demasiado deseable para completar el plan. No podían dejarlo de lado. Aquello culminaba sus planes de mutua felicidad, unidos y libres

los dos.

—Sí, Gala —afirmó—. Esta noche será todo. En cuanto Peter se quede solo en casa, con ese juguetito que parece fascinarle tanto... Tú pretextarás ir a alguna parte, con la propia señora Rexon, como la otra noche. Y yo iré a casa, acabaré con él fácilmente. Lo tengo todo preparado.

—¿Y Wilma, tu mujer?

—En eso no puedo participar yo, querida —sonrió Akroyd—. Piensa que, como marido suyo y heredero de su fortuna, sería el principal sospechoso. Tras matar a Peter, me iré con unos amigos a tomar unas copas. Eso será entre diez y doce de la noche. Son las dos horas de que dispondrás para acabar con Wilma.

—¿Yo? —se asustó Gala, dando un paso atrás.

—Claro, querida —rió su amante—. ¿Te da miedo matarla a ella, y no temes que matemos a los dos? No puedo hacerlo todo, compréndelo. Wilma es cosa tuya. No te va a ser difícil. Estará todo preparado.

—¿A qué te refieres? —receló Gala, nada convencida de su papel en la trama criminal.

—A esto; Wilma estará también sola. Dejaré abierta la puerta del jardín. Ella duerme pronto. La hallarás en la alcoba, bien ajena a lo que la espera. Yo habré dejado mi pistola con silenciador en la gaveta del living, bajo la lámpara de pantalla rosa. Tómala y dispara sobre ella cuando quieras. Luego derriba algunos muebles, finge que entraron ladrones. Yo me habré llevado unas joyas y dinero, que tiraré en alguna parte donde no sea difícil dar con ello. Imaginarán que los ladrones, asustados, perdieron parte de su botín al huir, tras matar a Wilma. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Si no hay otro remedio...

—No lo hay. Eso sucederá entre diez y doce. Habrá varios amigos que confirmarán que yo estuve con ellos todo el tiempo en la cantina... Procuraré que se fijen bien con algún motivo: una pequeña discusión, una borrachera o algo así. Ahora, valor, querida. Todo va a salir bien...

*

Wilma Akroyd se mostró sorprendida gratamente al salir del supermercado.

—¡Peter! —exclamó risueña—. ¿Tú haciendo compras! Creí que de esas cosas se ocupaba tu mujer...

—Bueno, a veces compro yo las cosas —sonrió Peter, algo azorado, deteniendo su carrito cargado de provisiones, contemplando complacido la atractiva presencia de la joven esposa de su colega—.

Ella anda bastante ocupada estos días en las cosas de la casa, y le echo una mano, eso es todo.

—Me parece muy bien que los maridos ayuden a las esposas —rió ella de buen humor—. Gala debe sentirse muy feliz de tener un marido como tú. El mío, en cambio, sólo piensa en sus juergas, sus amigos y sus cosas. Nunca es capaz de ayudarme en nada.

—¿No eres feliz con Jim?

—Oh, tal vez esto sea felicidad, no sé —suspiró la joven—. Pero a veces dista mucho de parecerlo, créeme. Veo que llevas gran cantidad de material electrónico ahí... ¿Eres aficionado a esa materia?

—No lo era demasiado. Ahora es distinto. Me regalaron un ordenador muy especial. No quiero que una avería repentina pueda inutilizarlo, y llevo los repuestos más corrientes en tales ingenios, por si acaso.

—A Jim no le gustan nada los chismes electrónicos. Me gustaría ver tu ordenador, si es tan divertido.

—Lo es, te lo aseguro —Peter se contuvo—. Pero verlo... No sé, tal vez algún día, Wilma. ¿Crees que estaría bien que una mujer casada viniera a verme a casa?

—¿Por qué no? —rió ella—. Jim no es celoso, te lo aseguro... Oh, buenos días, señora Rexon, ¿de compras también?

—Sí, hija —la obesa y jovial señora Rexon se detuvo, con su carrito ante ambos jóvenes y miró con cierta malicia a Peter—. Vaya, veo que eliges bien tus amistades. Peter es el chico más guapo de la base, te lo aseguro. Y el mejor. Debiste elegirle a él y no a Jim como marido, Wilma querida.

—Señora Rexon... —se sonrojó Wilma Akroyd—. El también está casado...

—Lo sé, lo sé —sonrió la dama—. Pero Gala no es para Peter, estoy segura. No forman la pareja ideal. Ah, por cierto, Peter, dile a tu mujer que dónde se mete. Hace ya dos meses que no la veo... Quisiera ir con ella al cine algún día...

Peter se quedó rígido. Iba a decir algo, pero cambió de idea y apretó los labios, limitándose a responder con una voz que sonó rara:

—Descuide, señora Rexon. Se lo diré. Y ahora, disculpen las dos, pero tengo algo de prisa...

Se alejó hacia su casa rápidamente. En su mente, una idea desagradable había comenzado a germinar...

*

—Te entiendo muy bien, Peter. Sé cómo te sientes.

—¿Tú lo entiendes? —se sorprendió Fry, mirando a su adorado amigo del mundo literario hecho realidad por la magia electrónica de

un mecanismo capaz de dar forma a sus ideas, gracias al propio poder creador de materia que él poseía sin saberlo.

—Por supuesto —sonrió Héctor—. Me creaste así: sensible, inteligente, casi humano en mis sentimientos... Altea también lo comprende. Es una noticia incómoda, pero no necesariamente fatal. Puede que no oculte lo que imaginas…

—Gala no me quiere. No me importa. Tiene otro hombre estoy seguro. Sus salidas con la señora Rexon eran pura mentira, una excusa vulgar y sin imaginación que yo me tragaba a pies juntillas. Tal vez deba divorciarme de ella, pero mi religión me lo impide, Héctor. No puedo faltar a mis principios, a mi fe... a mi moral.

—Claro que no. No sería justo. Pero esta situación es difícil, la verdad. Convivir dos seres que no se sienten mutuamente atraídos... es algo incómodo. ¿Puedo ayudarte?

—Héctor, ¿cómo podrías ayudarme tú? Ni siquiera existes, recuérdalo...

—Te equivocas. Sin tu imaginación, no existiría. Pero ahora soy sólido, real, corpóreo. Te ayudaré si realmente lo deseas.

—¿Qué podrías hacer en mi favor? Nadie se gana el amor de una mujer a través de terceros...

—Claro que no. Pero deja que Altea y yo te ayudemos a nuestro modo, amigo mío. Es posible que los resultados lleguen a sorprenderte.

—Pero Héctor, ¿cómo vas a salir de esta casa, de esta habitación? El color de tu piel..., tus ojos... Eres dorado, tienes pupilas irisadas... Verían eso, te descubrirían. Tal vez pensaran que eras un enemigo. Esto pertenece a una base civil y militar. Tienen un concepto raro de esas cosas con los extranjeros...

—Eso déjalo de mi parte —sonrió el héroe de Kron—. No será tan difícil como imaginas. Ten fe en tus criaturas. Nos has creado inteligentes y hábiles, recuerda. Esto no es Kron, pero a veces los mundos, reales o ficticios, se parecen mucho más entre sí de lo que uno puede suponer...

Altea asintió, con una amplia sonrisa. Y Peter, mirando a su joven pareja de amigos llegados de la dimensión que no tiene formas ni medidas, se limitó a aceptar:

—Está bien. Adelante con vuestra idea... y que Dios nos ayude a todos.

CAPITULO V

Las pantallas de televisión estaban emitiendo el programa estereoscópico de la llegada del Zodiac a la Tierra. Los tres astronautas, rescatados, aparecían sonrientes en los receptores, saludando a sus amigos del planeta, tras su aventura en Mercurio, camino de la cuarentena obligatoria. El descenso de la cápsula en el mar había sido tranquilo y sin problemas, como ocurría siempre. Ahora estaban a punto de llegar a la base, para su internamiento en el pabellón de cuarentena y esterilización.

Héctor y Altea contemplaron esas imágenes en un escaparate, caminando juntos por la acera, a través del bien cuidado sector ajardinado de la zona residencial del personal de la NASA, cercano a la propia base de entrenamiento y experimentación.

Nadie hubiera podido advertir en ellos su condición alienígena. Un traje y una gabardina de Peter, con un sombrero cubriendo estratégicamente su dorada piel y los extraños ojos, convertían al musculoso Héctor en un hombre normal, aunque sorprendentemente alto y fuerte. Altea, a su lado, se cubría con ropas de Gala, y un sombrerito con velo lograba disimular en parte el resplandor irisado de sus pupilas, así como el tono de oro de su piel.

—Ya lo ves —comentó Héctor—. Otros viajeros vuelven del espacio, de otros mundos. Mundos que existen realmente, Altea. Me gustaría ser como ellos.

—¿Por qué? ¿No eres feliz así? —se extrañó ella.

—Ahora, sí. Pero ¿y cuando volvamos a nuestra condición de entes imaginarios?

—Es lo que somos, ¿no? No podemos aspirar a más. Peter es sólo un escritor, no un dios.

—Tienes razón. No podemos pedir imposibles. Me conformaría con demostrarle que también en el mundo de la realidad, su héroe es capaz de resolver problemas a los demás.

—Me temo que eso será difícil. Pero vamos a intentarlo los dos, querido —aseguró Altea, con su voz, entre dulce y enérgica.

No necesitaban que nadie les dirigiera en la zona residencial ni en parte alguna. En realidad no precisaban conocer un sitio para moverse con él. Peter les había dado ciertos superpoderes, cierta capacidad extrasensorial de resolver cosas que un humano normal no podría afrontar. Y ahora estaban poniendo en juego ambos alienígenas esas ventajas que les proporcionara su creador literario, el curioso forjador de materia viva que era Peter Fry.

No les costó nada llegar hasta la vivienda de Jim Akroyd aquella

noche. Sabían dónde estaba situada sin haberla visto nunca. Ese don parapsicológico de que disfrutaba Héctor en Kron también podía ejercerlo ahora en la Tierra y moverse directamente al lugar elegido, sin necesidad de guía alguno.

—Es aquí —susurró a Altea. Y ella afirmó, mirando las ventanas iluminadas, pero veladas por espesos cortinajes.

Se aproximaron a través de la oscuridad fresca del jardín. Los ojos de Héctor, dotados de una fuerza penetrante, horadaron sin problemas el velo del tejido de las cortinas, llegando al interior mismo de las estancias. Su dorado rostro reflejó sorpresa y desagrado.

—Es horrible —murmuró—. Los terrestres no son honrados, Altea. Lo siento por Peter.

—Yo también —ella le miró, desolada—. Esa mujer de ahí dentro es Gala, su esposa.

—Sí. Y él es un astronauta amigo. Están amándose. Engañan a Peter.

—¿Qué podemos hacer, Héctor? Esto no es como luchar contra dioses y monstruos... Son humanos como nosotros. Pero malvados, falsos, traidores...

—No podemos hacer nada —Héctor meneó la cabeza, desolado—. Sólo marcharnos. No es ético asistir a ciertas escenas... ni tan siquiera para lamentarlas.

Iban a alejarse entre los bien cuidados setos, cuando Altea retuvo de repente el brazo de Héctor. Le susurró con voz tensa:

—¡Espera! Escucha eso... Lo que están hablando ahora...

—¿Crees que debemos hacerlo? —dudó Héctor, turbado.

—Escúchalo y me lo dirás —insistió Altea con firmeza.

Héctor aguzó sus oídos. Poseía la misma hipersensibilidad auditiva que óptica o mental. Eran las fuerzas sobrehumanas de que Peter Fry dotara a sus criaturas de ficción. Todo ello se repetía exactamente igual en su traslado al mundo de lo corpóreo.

Los ojos irisados tomaron una tonalidad de ópalo encendido. Los músculos faciales del hermoso Héctor se tensaron bajo su dorada piel al percibir palabras pronunciadas allí dentro en un susurro, palabras que ningún ser humano podría captar, a menos que disfrutara de un poderoso y fiel micrófono direccional:

—Amor mío... De acuerdo. Esta noche es el momento. Ve a matar a Peter. Yo me ocuparé de tu esposa. ¿Cuándo llega ella a casa?

—Dentro de poco más de una hora, sobre las nueve o cosa así. A esa hora, ya estará muerto Peter Fry. Tú mata a Wilma entre diez y media y once. Es la mejor hora. Yo estaré con mis amigos en el pub, preparando la coartada... No falles, querida.

— Descuida —rió Gala—. Yo nunca fallo en nada. No vayas a ser tú quien falle...

—¿En liquidar a ese imbécil de tu marido? —rió Akroyd sarcástico —. No temas. Es algo que puedes dar por hecho. Nada ni nadie podrá evitarlo, te lo aseguro...

—Mi querido Jim, estamos a punto de ser libres, ricos...

—Exacto, Gala. De nosotros depende. Ahora vete, no cometamos errores imprudentes, cariño. Nos veremos cuando todo haya acabado, no antes... Ve con la señora Rexon al cine. Seguro que estará encantada. Será tu propia coartada. Pero no olvides dejarla antes de las diez.

—Descuida. Lo tengo todo bien medido. Preocúpate sólo de tus cosas...

Los ojos de Héctor, a través de la densa cortina, vieron el beso culpable apasionado de ambos amantes. Tiró sigilosamente de Altea y se alejaron de la casa en la noche. No se detuvo hasta alcanzar un alto seto, a alguna distancia.

—¿Y ahora, qué? —jadeó.

—Eso es terrible, Héctor. Van a matar a Peter...

—Y a otra mujer llamada Wilma. Tenemos que evitar ambas cosas. Ahora sí que no hay otro remedio que avisar a Peter de lo que sucede.

—Va a llevarse una impresión tremenda. ¿Crees que lo aceptará?

—No lo sé. Pero estamos obligados a advertirle. El es quien debe resolver.

Asintió Altea, y los dos dorados seres procedentes de un mundo llamado Kron, que sólo existía en la mente de un hombre, volvieron cautamente a la casa de su creador.

*

Peter Fry estaba lívido.

Allá, en la pantalla del ordenador halográfico, Kron era una enorme masa de luz y de brumas flotando en una galaxia que no existió jamás, en el mundo de lo indeterminado, de lo imaginario, en la dimensión de lo fantástico y lo irreal. Pero para ser sólo eso parecía sorprendentemente cercano, extrañamente real y accesible.

—Dios mío... —jadeó—. No, no puede ser...

—Te aseguro que es así, Peter —afirmó Héctor con energía, clavados sus irisados ojos en él—. Tu esposa y su amante planean tu muerte. Y la de esa mujer, Wilma.

—Wilma... Es la esposa de él. Una joven rica, muy bella, encantadora... No puedo permitir que ella corra peligro de muerte...

—No digas tonterías. Eres tú quien peligra ahora. A las nueve piensan asesinarte. Dentro de una hora, ¿lo entiendes? Ese Akroyd vendrá aquí a matarte a sangre fría.

—Es que... no puedo creerlo... —gimió Peter, desolado.

—Nosotros tampoco lo creíamos —suspiró Altea—. Pero es la realidad. Lo vimos y es claramente. Nos dotaste de ciertos poderes especiales, ¿no? Supongo que tendrás confianza en nosotros, en cómo nos hiciste…

—Claro, Altea, claro —asintió Peter—. Perdona si te ofendo. Es todo tan raro, tan insólito… Aquí estáis vosotros ahora, dos entes de ficción, dos criaturas que sólo existen en mi cerebro… advirtiéndome de un complot criminal contra mi persona y contra Wilma Akroyd… Acabo de ver por televisión a su hermano Roger, volviendo del planeta Mercurio… Ella debe estar en la base, para verle un momento, aunque sea sólo a través del plástico del túnel que conduce al pabellón de esterilización y cuarentena de astronautas… Dios mío, es para volverse loco. Gala, Akroyd… dos asesinos.

—Pues asimílalo cuanto antes y haz algo, Peter —le espetó Héctor con tono brusco—. Porque el tiempo apremia. Y esos dos hablaban bien en serio.

—No sé… —se quejó Peter—. No sé qué hacer, la verdad…

Héctor y Altea se miraron. De repente, el hercúleo gigante de Kron tomó una dura y amarga decisión. De súbito se volvió hacia su creador con un rápido giro de su atlético cuerpo. Le soltó un seco impacto en el mentón. Peter cayó al suelo como fulminado por un rayo.

—¿Qué has hecho? —gimió Altea, asustada.

—Lo único razonable —se quejó Héctor, contemplando a Peter con gesto desolado—. No hubiera reaccionado en modo alguno. Está anonadado con lo que ocurre. Ese tipo le mataría sin ningún problema, estoy seguro.

—¿Y qué pretendes? Has atacado a nuestro propio creador…, a nuestro único medio de sobrevivir…

—No quise hacerlo. Altea. Peter es la última persona a quien desearía dañar en este o en cualquier otro mundo que exista.

—¿Entonces…?

—Era necesario. El es una víctima fácil para esa gente. Ama demasiado a su traicionera esposa. O cuando menos, siente debilidad por ella, creo que es mejor de lo que realmente es… Y ese Akroyd es duro, despiadado, brutal. Seremos nosotros quienes nos ocupemos ahora de salvar las vidas de Peter y de Wilma. Tú ve a casa de Akroyd a las nueve. Tu tarea será salvar a Wilma Akroyd de la muerte. Sé que sabrás valértelas por ti misma frente a Gala.

—¿Y tú qué harás entretanto?

—Esperar aquí a Akroyd. Va a serle más difícil de lo que esperaba realizar sus propósitos, te lo aseguro…

Altea sonrió. Al fin parecía entender los planes de su compañero. Y le gustaban. Fue a él y le rodeó con su dorado brazo, amorosamente.

—Te quiero, Héctor —musitó—. Eres magnífico. Siempre lo fuiste…

El la besó. Luego, se inclinó. Sus poderosos brazos, auténticos manojos de músculos y tendones bajo la epidermis de oro vibrante, alzaron a Peter Fry en vilo como si el joven astronauta fuese una simple pluma.

—Ahora, vamos a la tarea —dijo sordamente el titánico luchador de Kron—. Conviene poner a salvo a Peter, no vaya a estropearlo todo en el momento crucial…

*

Alvin Hendrix se tocó la nuca, inquieto.

No se sentía bien. Algo raro le estaba sucediendo desde que llegara. Se quejó de un fuerte dolor de cabeza al médico de la base, pero los exámenes no dieron ningún resultado especial.

—Simple jaqueca —dijo el médico de la NASA—. Unas aspirinas bastarán, Alvin.

Le dio dos comprimidos y allí terminó todo para el cuadro médico encargado de su control en la zona de cuarentena. Los análisis y exámenes psicofísicos habían sido todos favorables. El estado general de los tres astronautas era excelente.

Sin embargo, Hendrix se sentía cada vez peor. Aquel dolor de cabeza no terminaba de pasar. Además, se estaba volviendo irritable. Y le ardían los ojos, como si se hubiera metido arena en ellos.

Se tocó tras la oreja. Era raro. No había notado antes aquel bulto. Era frío y viscoso, pero no húmedo. No le dolía. Sólo le molestaba un poco. Sin saber por qué, recordó al «Rocky», el chimpancé. Y odió a Roger Nolan por su muerte.

Cerró los ojos. Estaba sudando. Se secó la transpiración y se fue a dormir otra vez a su litera, tras ver cómo sus dos amigos descansaban profundamente.

Trató de dormir. No lo logró. Algo ocurría. Aquel maldito dolor… Volvió a tocarse la nuca. El bulto parecía crecer por momentos. Le llegaba ya a la base del cráneo. Se alargaba. Como si «algo» creciera dentro. Notaba aquella rara sensación de frío y de pegajosa humedad que no era tal. Le palpitaban las sienes. Abrió los ojos en la penumbra de la cabina aislada.

Y supo que tenía que dominar a sus compañeros. Supo lo que tenía que hacer.

Fue algo repentino, un destello de luz en su aturdido cerebro. Tenía algo por llevar a cabo, y cuanto antes mejor. Avanzó hacia Nolan y Stuart, que dormían.

Les miró. Sonrió. La suya, de haberla podido ver ahora, era una

sonrisa maligna, nada acorde con su habitual carácter afable y cordial. Sus ojos brillaban como carbones. Su boca babeaba, convulsa. Le temblaban las manos…

Allá, bajo la epidermis teñida de un color verde musgoso, «algo» se movía, reptaba bajo su piel, como si tuviera alojado allí un enorme gusano que crecía por momentos, una rara oruga alojada dentro de sí…

Se inclinó sobre Ben Stuart. E hizo algo horrible, que hubiera helado la sangre en las venas a cualquier posible testigo de aquella espantosa escena.

Sus dedos fueron a su bulto en la nuca, rasgaron la piel… Esta cedió como si fuese simple celofán. De debajo, una forma en movimiento, un repugnante bulto que palpitaba, en forma de gusano gelatinoso, salió entre sus dedos, quedándose otra bajo la piel, encogida como una criatura en proceso de fertilización. La piel verdosa se volvió a cerrar como soldándose por sí misma…

La otra oruga que palpitaba entre los dedos de Hendrix se adhirió de un salto a la nuca del dormido Stuart, que pegó un leve respingo, gruñó en sueños y siguió dormido tras dar una brusca vuelta en la litera. Hendrix, con sus ardientes ojos clavados en él, retrocedió, expectante.

Ya estaba hecho. La babosa forma se había incrustado en la piel del dormido, se abría paso a través de ella, como desplegándola, desgarrándola, para cerrarla luego a su paso y alojarse dentro de la nuca de Stuart. Después, una leve pátina mohosa cubrió el punto de penetración, el bulto se quedó tras la oreja del astronauta, disimulado entre su pelo abundante y rubio, y todo permaneció igual en la cabina.

—Ya está —susurró Hendrix complacido, volviendo a su litera—. El ya es de los «nuestros»… Dentro de poco, todos serán de los «nuestros». ¡El mundo entero lo será!

Soltó una dura, agria carcajada que no estaba en consonancia con su modo de ser, se tumbó, y permaneció quieto, con sus brillantes, febriles ojos abiertos, como en trance, sin dormir.

Porque «ellos»… «ellos» nunca dormían.

*

Jim Akroyd empuñó su arma con decisión.

Sabía que su tarea iba a ser sencilla. Peter Fry no era persona a quien fuera nada difícil matar. Era hombre sencillo, poco violento. Se sorprendería de su presencia, pero no sospecharía nada hasta que fuese demasiado tarde.

Y para entonces… ya estaría muerto. Miró a través de la puerta

vidriera tras la que se veía la luz del living. Más allá estaría Peter, sentado ante su nuevo «juguete», como lo llamaba Gala, disfrutando como un niño con las holografías y todo eso.

Akroyd sonrió. Nunca sería más sencillo hacer algo así. Como un juego de niños también. Igual que sentarse ante un ordenador y decir: «Quiero muerto a Peter Fry.» Ojalá Gala tuviera la misma facilidad y suerte para acabar con Wilma…

Empujó la vidriera resueltamente, asomó y se dispuso a llamar amistosamente a Peter, sin olvidarse de que su pistola estaba en el bolsillo, presta a hacer fuego en el momento adecuado.

—¡Eh, Peter, viejo amigo! —llamó de modo jovial al asomar dentro de la casa—. ¿Dónde diablos andas metido?

Hubo un silencio profundo en respuesta a su llamada. Akroyd recordó lo que le dijera Gala. Sin duda Fry estaba tan absorto en su nuevo ordenador, que hasta hacía oídos sordos a las llamadas de los amigos, si es que realmente las oía.

Avanzó por el living, decidido, repitiendo su llamada con naturalidad:

—¡Peter, Peter, muchacho! ¡Soy yo, Jim Akroyd! ¡Deseo charlar un rato contigo! ¿Dónde te metes?

—¿A quién busca, señor?

Jim pegó un respingo. Tentado estuvo de echarlo todo a rodar, sacando su arma de la chaqueta en presencia de un extraño. Se quedó alelado, mirando al gigante dorado que acababa de incorporarse de un sillón cuyo respaldo hasta ese momento le había ocultado a su vista.

Aunque vestía un vulgar pantalón y una camisa, parecía tan raro allí como si hubiera llegado directamente de Marte, pensó Akroyd ante aquel atleta de piel color oro, ojos de tonos irisados y facciones agresivas y vigorosas.

—Cielos, ¿quién… quién es usted? —jadeó, confuso, sin saber qué decir ni hacer.

—Un amigo de Peter Fry —habló Héctor con frialdad—. ¿Y usted?

—Otro… otro amigo suyo, Jim Akroyd… Soy astronauta como él. A usted… a usted no creo haberle visto en la base nunca.

—Es posible que no me viera —sonrió Héctor con mirada fija en él —. Acabo de llegar aquí, ¿lo sabía?

—No, claro que no… Pero hay algo en usted que me resulta vagamente familiar, la verdad…

—Tal vez leyó algo de mí —rió Héctor, burlón—. ¿A qué viene?

—Supongo que eso debo decírselo al dueño de la casa, señor — replicó secamente Akroyd, a quien no le gustaba el modo de mirar que tenía aquel extraño—. ¿Puedo verle o no?

—Como usted ha dicho muy bien, él es el dueño de la casa, no yo.

Pero ahora no está visible, lo siento.

—Es raro. Juraría que a esta hora no suele faltar de casa…

—Yo no he dicho que falte de casa. Dije solamente que no estaba visible. ¿Para qué vino a verle? ¿Para asesinarle, señor Akroyd?

Jim se quedó helado. Pegó un salto atrás como si le hubiera golpeado con un mazo, y sus ojos dieron vueltas en las órbitas como si de repente hubieran enloquecido.

—¿Qué… qué diablos está diciendo? —jadeó—. ¿Se ha vuelto loco?

—Le hice una pregunta, señor Akroyd —repitió Héctor glacial—. Cuidado, no lleve esa mano al bolsillo. Sé que tiene un arma. Sería un error querer utilizarla.

—Pero… pero ¿qué diablos significa esto, quién se cree que es? Esto me parece muy sospechoso. Creo que voy a avisar a la patrulla de servicio, pediré que le identifiquen…

—Perfecto. Llámelos. ¿Les explicará que vino a matar a Peter Fry mientras Gala asesina a su esposa Wilma esta misma noche, fingiendo un robo?

Akroyd estaba lívido. Perdió el control de sí mismo y atacó a Héctor, extrayendo rápido su pistola provista de silenciador. Fue como si un niño quisiera jugar con un titán. Héctor alargó su brazo y le arrancó el arma de las manos. Luego, la estrujó entre sus dorados dedos, y la hizo tirabuzón de acero informe, que arrojó al suelo con despectiva sonrisa. Akroyd desorbitó sus ojos cuando aquella misma mano, le alzó en vilo, le zarandeó repetidas veces en el aire y acabó haciéndole aterrizar en un sofá violentamente.

—Mi nombre es Héctor —dijo fríamente—. Y soy un mal enemigo, ya lo habrá notado.

—Héctor… No, no es posible… —tartajeó Akroyd, trémulo, con cara convulsa—. Es… es sólo un personaje de ficción… Un héroe creado por Peter en sus cuentos…

—¿De veras? —rió burlón el héroe de Kron—. ¿Le parezco yo hecho de papel?

Miró aterrado aquellos músculos, aquel poder físico terrible, aquella gélida mirada de varios colores, y tembló, encogido en el sofá, pensando que o bien el mundo estaba loco, o era él quien se había trastornado.

—No puede hacerme nada —gimió—. Avisaré a la policía…

—Hágalo si se atreve. ¿Podrá explicarles todo lo de esta noche? ¿Qué ocurrirá cuando maten a su esposa y yo diga que fue Gala Fry quien lo hizo? Ella confesará en seguida, le culpará a usted, miserable rufián…

—Dios mío… —bañado en frío sudor, Akroyd no sabía cómo salir del atolladero—. Esto no puede ser cierto, no entiendo nada de nada…

Peter… ¿Dónde está Peter, por el amor de Dios?

—Ya le dije que no puede verle ahora. No está para visitas. Venga conmigo, amigo. Le llevaré a que vea algo que nunca va a olvidar…

Fue hacia él. El astronauta temió que aquel extraño dorado fuese a romperle algún hueso, pero no ocurrió así. En vez de ello, le alzó de nuevo en vilo y le transportó a través del living y del corredor hasta la sala donde estaba situado el ordenador.

Descubrió la pantalla iluminada, la asombrosa forma holográfica que se veía allá al fondo, en la negrura profunda, tridimensional y casi infinita de la pantalla, la luz y forma del planeta Kron bajo la azul claridad de sus dos soles.

—Dios, ¿qué es esto, qué pasa aquí? —jadeó roncamente

Akroyd, debatiéndose en vano en la mano nervuda, gigantesca y dorada del mítico Héctor.

—Vea ese mundo, miserable. Es Kron. Habrá oído hablar de él, ¿no?

—Kron… —Akroyd iba de sorpresa en sorpresa, de terror en terror —. Kron no existe… Nunca existió. Es una simple fábula de Peter, el escenario de sus relatos…

—Pues véalo aquí… ¡Ese es Kron! —voceó Héctor—. Allí, los asesinos tienen un duro castigo. Son llevados a las tierras, malditas y abandonados al Dios Tenebro y a su fiel servidora, la princesa y sacerdotisa del Mal, la hermosa y cruel Bruma… ¿Desea conocer ese horror sin fin, ser condenado a vivir en un mundo que no existe, pero que le está aguardando?

—No, no, piedad… ¡Piedad! —clamó Akroyd—. ¡No quiero vivir en una computadora, encerrado en algo que no es real de por vida! ¡Esto… esto es una pesadilla!

—Puede serlo por eternidad, Akroyd. En el lugar de donde vengo, no existe el Tiempo. Porque la imaginación humana está más lejos del tiempo y de la realidad que toda otra cosa. Usted no puede poner freno a sus pensamientos, a su mente. Ni frenos temporales ni frenos materiales. Nada. Pero ya ve que esa dimensión irreal existe. Y existe ahora, ante sus ojos, porque alguien tiene la capacidad de poder materializar lo que su cerebro crea. ¿No quiere venir de verdad a ese mundo mío, Akroyd?

—No, no… —casi sollozó el astronauta—. Prefiero… prefiero antes que llame a la policía, que haga conmigo lo que quiera…

Héctor le contempló con infinito desprecio. Le arrojó a un rincón, como quien se desprende de un objeto inútil y repulsivo. Se quedó allí, llorando, roto, abatido, convertido en un pelele dominado por el terror a lo desconocido.

Y en ese momento, de forma inesperada, de la pantalla holográfica, que el cuerpo de Akroyd rozara en su trayectoria para

caer, justo sobre los teclados, ocurrió algo.

Al rozar el astronauta una de las teclas, la imagen de Kron se agrandó, acercándose a la pantalla. La luz azul de sus dos soles gemelos invadió la estancia casi deslumbradoramente. Y, de forma extraña, en ese mismo punto, un remoto sonido de tambores y de truenos se hizo audible, agrandándose por momentos, hasta ensordecerlo todo. La luz azul se extinguió, y una masa de brumas, un humo negro, fétido y frío, brotó de la pantalla holográfica, tomando forma y cuerpo, invadiendo la sala, en medio de aquel estruendo, Horrorizado, Héctor se volvió hacia la pantalla, mientras su prisionero se tapaba ojos y oídos, invadido por el pánico.

—¡Oh, no! —clamó—. ¡Ha alterado el equilibrio de Kron al caer! ¡Su imagen se aproxima y gira hacia el norte...! ¡Las Tierras Malditas están a la vista, sus tambores siniestros y el trueno eterno de sus cimas borrascosas llega hasta nosotros! ¡Es el poder de Tenebro el que nos domina ahora...!

—¡Sí! —rugió una voz potente, pavorosa, que lo invadió todo, como si brotara de la misma niebla negra que, como una humareda creciente, surgía de la pantalla—. ¡Yo, Tenebro, he logrado romper la separación dimensional que Peter Fry programó en ese ordenador para las fuerzas de las Tinieblas! ¡La programación ha quedado alterada con el movimiento de una tecla, y ahora puedo penetrar ahí libremente! ¡Héctor, maldito y odiado enemigo, ahora soy yo el más fuerte, y tengo el mismo poder que tú para materializarme y penetrar en el mundo de lo real!...

Y entre los vahos tenebrosos llegados de Kron, una figura maligna, pavorosa y terrible, se materializó ante los ojos anonadados de Héctor y la mirada alucinada de Jim Akroyd, que se enfrentaba a la más delirante experiencia de toda su vida.

El dios del Mal del planeta Kron, el siniestro y terrible Tenebro, acababa de materializarse en el mundo de la realidad. Y estaba allí, ante ellos...

CAPITULO VI

Héctor comprendió que una tremenda tragedia se había abatido sobre ellos y sobre el propio mundo en que ahora se encontraba. Tenebro había logrado romper el muro invisible dimensional entre lo imaginario y lo real, para introducirse, en la Tierra, en el mundo de lo auténtico, procedente de aquella dimensión de la fantástica imaginativa en que siempre se movió, tras ser creado por Peter Fry. Ahora, ese mismo poder misterioso, extrasensorial, que permitía al joven Fry dotar de vida cierta a los entes y contornos de su imaginación, desatado por un erróneo movimiento sobre el teclado de programación del Hologratron, al golpearlo Akroyd, o tal vez también por la importancia de Peter para evitar el desastre, había dotado de vida real a Tenebro, dios del Mal en Kron. Y ello suponía el mayor cataclismo imaginable, porque los poderes maléficos de Tenebro eran realmente pavorosos, capaces de alterar el curso normal de las cosas.

Ahora, ese ente maligno, hecho de pura materia mutante, se movía por la sala, como dueño y señor de todo y de todos. Héctor, anonadado, intentó lo imposible.

Se arrojó sobre la forma vaporosa, con el afán de intentar vencer, cara a cara y en lucha abierta, al mítico ser de las tinieblas de Kron. Vano empeño. Tenebro ni siquiera era sólido o corpóreo. Se evanesció entre sus poderosas manos, resbaló sobre sus dorados músculos, mientras su risa siniestra flotaba en la atmósfera, y la negra forma de humo serpenteaba y se agitaba en el aire, igual que un mítico genio brotado de una lámpara prodigiosa. Sus facciones, hechas de negras sombras, en las que sólo brillaba la luz rojiza de una solitaria pupila dominadora, se distendían y arrugaban en el aire, como simples volutas de negro humo.

Akroyd, convertido en máscara de horror su rostro lívido, contemplaba aquel hecho increíble sin entender nada, helada cualquier posible reacción ante la naturaleza irreal de los acontecimientos.

Héctor, una y otra vez, forcejeó por vencer a Tenebro. Ni siquiera pudo entablar lucha con él o establecer un contacto físico con aquella malvada forma vaporosa y negra, que emitía un hedor glacial, como de muerte. Alrededor suyo. Tenebro bailoteaba su siniestra danza burlona, mofándose de sus esfuerzos titánicos por alcanzar una pugna física y definitiva.

—Estúpido guerrero, luchador obstinado y torpe —le reprendió la voz estridente y gélida de Tenebro—. Me basta con mi solo poder para dominarte... ¡así!

De la bruma negra brotó una especie de chisporroteo violento, una luz roja como la del infierno, que envolvió súbitamente a Héctor. Su cuerpo todo se tornó incandescente, sus formas atléticas brillaron como bañadas en fósforo luminoso, y exhalando un terrible alarido, se llevó las manos a la cabeza, forcejeó contra algo invisible que se apoderaba de su ser, de su cuerpo, de su cerebro, dominándole y reduciéndole a la mayor impotencia.

Con unos espasmos dolorosos, estremecido y roto, el poderoso Héctor se desplomó a pies de la negra sombra maligna, donde quedó inmóvil, ante el pánico creciente de Jim Akroyd, que intentó en ese momento evadirse de tan terrorífico adversario.

Empeño inútil. Nadie podía huir de Tenebro. La forma vaporosa se deslizó hacia él, sutil y liviana como una centella. Le envolvió en su negro manto, y Akroyd se retorció en lo que parecían unas inmateriales garras heladas que congelaban su cuerpo. La roja luz de aquel solitario ojo le bañó el rostro. Sintió un sudor helado, se convulsionó todo él, y cayó sumido en profundo letargo, junto al propio Héctor, ya inconsciente. La risa malévola de Tenebro retumbó en la sala, alumbrada ahora intensamente por los azules soles gemelos de Kron.

—Pobres y desdichados entes humanoides... —cloqueó la forma perversa, retorciéndose en el aire complacida—. No pueden nada contra los poderes de Tenebro... Ni ellos ni ningún otro ser viviente... Así me ha creado Peter Fry, y así debe aceptarme ahora... Por cierto, necesito a Fry con vida. ¡Con vida, pero reducido a la cautividad, sometido a mi voluntad, como yo lo estuve hasta ahora a la suya, en los estrechos límites de su imaginación! ¡Le demostraré que su criatura puede ser más poderosa que él mismo, y mucho más inteligente también! ¡Necesito llevarme a Kron a estos dos hombres, pero también a Peter Fry! ¡Todos ellos serán mis primeros esclavos humanos, la prueba evidente de mi poder, mi victoria inicial sobre los humanoides, a quienes acabaré por destruir o dominar, en su altiva fortaleza urbana de Azhan... ¡Varkia, la Tierra Maldita, será la dominadora de todos!

El vaho maligno se disparó hacia el piso alto, donde yacía inconsciente Peter, tras ser reducido por Héctor en su afán de salvarle. Sometido a una acción sedante gracias a la forma en que su héroe pulsó ciertos centros nerviosos del joven creador, dormía profundamente cuando Tenebro llegó hasta él, le envolvió en su negro y gélido manto de tinieblas, y le arrastró hacia la planta baja, hacia la pantalla del Hologratron, con su resplandor azul, puerta de comunicación abierta entre el mundo de lo real y los cósmicos confines sin límites de lo imaginado.

Momentos más tarde, la pantalla abierta del ingenio electrónico

absorbía a todos ellos, en un viaje fantástico hacia la dimensión de lo imposible. Tenebro se ausentó de la Tierra, del Universo real, pero sólo momentáneamente. Se llevaba consigo a tres seres humanos, dos de ellos absolutamente reales y uno imaginado. Pero sabía que en el planeta Tierra quedaba aún alguien a quien deseaba capturar y someter, para que formase con su princesa y sacerdotisa Bruma, su ideal pareja femenina de esclavas sometidas y fieles: Altea, la amada de Héctor.

Volvería a por ella. Pero antes, Héctor, Akroyd y el propio Peter Fry, quedarían a buen recaudo allí donde nadie podría jamás encontrarles o rescatarles: en Kron, un planeta al que ningún ser humano podría nunca llegar, por la sencilla razón de que ni siquiera existía...

*

—¿Qué... qué pretendéis? ¿Qué os ocurre?

La pregunta de Roger Nolan aparecía cargada de preocupación. Miraba a sus dos camaradas con expresión sorprendida e inquieta. En realidad, no entendía lo que estaba ocurriendo, la actitud sorprendente y extraña de sus compañeros, Ben Stuart y Alvin Hendrix, dentro del recinto aislado de cuarentena obligada.

Ni Stuart ni Hendrix le respondieron directamente. En vez de ello, se le aproximaron un poco más, sin dejar de mirarle fijamente. Había en los ojos de los dos astronautas una rara expresión que no conocía Roger, que nunca había visto en ellos antes de ahora.

Una expresión que le recordó la de los ojos enloquecidos de «Rocky», antes de disparar contra él, cuando acababa de morder rabiosamente la mano de Hendrix.

—Algo os pasa... —jadeó Roger, incorporándose y echándose ligeramente atrás—. No entiendo a qué viene esto. Hablad, decid algo. Y dejad de mirarme así... Por Dios que si no hacéis lo que digo, llamaré a los servicios de vigilancia clínica para que os examinen. Sigo siendo vuestro comandante incluso aquí.

—No temas nada, Roger, no va a ocurrirte nada malo —sonrió extrañamente Hendrix, con aire conciliador—. Simplemente serás como nosotros... Feliz como nosotros...

—No os entiendo. ¿A qué os referís? —preguntó, tenso sin fiarse.

Estaba cerca, muy cerca del pulsador de emergencia, el botón rojo que sólo debía ser utilizado en caso de la máxima necesidad, ya que las condiciones de aquel período de esterilización de los astronautas de regreso debía mantenerles siempre aislados, lejos de todo contacto con el personal de la base. Pero no quería apretarlo. Todavía no, hasta ver que sucedía realmente, y en qué paraba la insólita actitud de sus

dos compañeros.

—Alvin tiene razón —corroboró suavemente Ben Stuart—. Ven, Roger. No ocurrirá nada malo ni desagradable. Será un momento. Y pasarás a ser de los nuestros. Sin violencias. Sin dolor. Sin luchas.

—¿Os habéis vuelto locos? Vuestras palabras carecen de todo sentido, de toda lógica. ¿A qué os referís exactamente? ¿Qué significa «ser de los vuestros»? Todos somos aquí iguales: camaradas, amigos, compañeros de trabajo...

—Podemos seguirlo siendo más allá de esos conceptos absurdos —dijo Hendrix con voz insinuante, dando otro paso más hacia Roger—. Ven, Roger, ven... Sólo es un momento…

—Un momento... ¿El qué? —preguntó Nolan, tenso.

—Esto —rió Stuart. Y se llevó la mano a la nuca, arrancándose algo de ella. Ante el horror y el estupor inmenso de Nolan, su camarada exhibió instantes más tarde entre sus dedos una horrible forma blanda, reptante, viscosa, de color blanquecino, reflejos verdosos y apariencia de oruga o gusano de gran tamaño. ¡Aquella «cosa» viviente tenía la misma maligna mirada enloquecida del mono «Rocky» y de sus dos compañeros en estos momentos!

—Dios, ¿qué es eso? —jadeó Roger, asqueado y sorprendido, contemplando al gusano que se movía entre los dedos de Stuart—. ¿De dónde lo habéis sacado?

—Vive dentro de nosotros —rió Ben—. Se acopla a nuestra mente. Le servimos fielmente. Se reproduce por generación espontánea, pero siempre necesita de tejidos humanos para nutrirse y reproducirse... Se acopla al cerebro humano, es muy inteligente... Y es poderoso. Muy poderoso... Su semilla es tan diminuta que el ojo humano no puede captarla siquiera... y viaja con la luz de ciertos asteroides y meteoros, a través del espacio...

—¡Cielos, no! —clamó Roger, horrorizado—. ¡La luz del meteoro, el impacto en la cápsula, la radiación emitida...! ¡Esa «semilla» viviente pasó a través del metal de la Zodiac... y alcanzó a «Rocky»! ¡«Rocky» os la transmitió a vosotros!

—Sólo a mí, Roger, sólo a mí —sonrió Hendrix, mostrando su mano mordida, que ahora mostraba sobre la mordedura una placa verdosa, como de moho—. Así penetró en mi persona la semilla magnífica... En la saliva de «Rocky»... Tú le mataste, pobre amigo y hermano nuestro... Pero te lo perdonamos. Te perdonamos... porque vas a ser otro de nosotros...

—¡No! —rugió Nolan, desorbitados sus ojos—. ¡Nunca aceptaré dentro de mí a una de esas repugnantes babosas!

—No tienes otro remedio, Roger —rió Stuart—. O a través de la piel, injertándote una de nuestras criaturas... o mediante un mordisco, lo cual será mucho más doloroso y desagradable para ti, querido

amigo, futuro hermano del Poder Cósmico...

Los dos le tenían rodeado, completamente cercado, sin salida posible. Se acercaban a él más y más. Supo que no tenía escapatoria, que pronto sería atacado. A menos que pudiera pulsar aquel botón rojo de emergencia...

Se echó atrás a la desesperada. Y lo pulsó.

Dentro del recinto, retumbó la alarma de inmediato. Stuart y Hendrix se detuvieron como si eso les sorprendiera desagradablemente. Pero había una rara, fría expresión al mirarle, una mezcla de indiferencia e insensibilidad. Roger estuvo seguro de que aquellos que fueran sus amigos, sus camaradas, convertidos ahora en prisioneros de unos parásitos cósmicos, se habían transformado en simples robots, en instrumentos al servicio de una fuerza mental que aquellas repugnantes orugas llegadas de sólo Dios sabía qué confín universal, en forma de impalpable semilla contenida en unas simples radiaciones llegadas con la luz de un meteorito en su choque contra la cápsula Zodiac, poseían sin duda alguna con gran energía en sus viscosos cuerpos.

Ya ni siquiera eran seres humanos, pensó aterrado, mientras seguía sonando la alarma en el pabellón de cuarentena, y los dos compañeros de vuelo espacial le miraban con su gélida expresión ausente y carente de emociones. Como tampoco «Rocky» era ya un simio normal en el momento de atacar y ser muerto.

—Os cogerán ahora —jadeó Roger—. Os someterán a tratamiento... Tal vez os puedan arrancar de vuestro cráneo a esos asquerosos invasores...

—No, Roger —rió Hendrix—. Eso es ya imposible. La simbiosis es total. Forman parte de nosotros, somos uno solo..., como te va a ocurrir también a ti en seguida, amigo mío...

En ese momento, la puerta de la instalación aislada se abrió. Dos enfermeros del servicio especial de cuarentenas espaciales, asomaron sus rostros y sus blancas batas por la puerta, dispuestos a intervenir.

Roger Nolan señaló a Hendrix y a Stuart y gritó con voz ronca:

—¡Reducidlos, impedid que os muerdan u os toquen! ¡Es preciso que hagáis algo urgentemente! ¡Son dos contaminados de una rara enfermedad espacial, están dominados por una fuerza extraña que los hace muy peligrosos! ¡Ved sus nucas, en ellas llevan unas protuberancias donde se alojan unos pequeños monstruos pensantes!

Para su sorpresa, los dos enfermeros se limitaron a mirarle sin pestañear. Uno de ellos sonrió y se volvió hacia Hendrix y Stuart. Dijo algo terrible, escalofriante, que provocó en Roger una sacudida de supremo horror:

—¿Todavía no habéis podido hacerle de los nuestros? Puede provocar una auténtica alarma aquí... Hemos neutralizado ésta, pero

tal vez no podamos hacer igual de nuevo…

—No os preocupéis, hermanos —recitó Hendrix, como quien se expresa bajo trance hipnótico—. Será cosa de un momento si vosotros nos ayudáis. Como ves, Roger, no tienes escapatoria posible…

—¡Dios mío…! —clamó Nolan, aterrado—. ¡Todos vosotros…, todos estáis poseídos por esa maligna criatura!

—Así es, querido hermano futuro —rió Stuart—. Gran parte del personal de este recinto ha sido ya «poseído», como dices tú. Nuestro poder va en aumento, es inútil resistirse a él… Vamos, sé buen chico. No produce dolor alguno, no causa daño… y te convierte en un ser perfecto.

—¡Perfecto! —bramó Roger—. ¡No, gracias! No quiero vuestra odiosa «perfección». No deseo ser un autómata ni un esclavo de nadie, no permito que un ser extraño y horrible controle mis pensamientos, mis emociones… ¡No lo permitiré!

—No tienes otro remedio —avisó uno de los enfermeros con fría sonrisa, moviéndose ya hacia él.

Roger supo que no había salida posible, que estaba rodeado de enemigos. Y que aquellos enemigos de ahora podrían ser centenares mañana, millares a los dos días. Una solapada tarea de captación, de «invasión» de los cuerpos humanos vivos, había comenzado oscura e ignoradamente. El mundo no estaba preparado, ni tan siquiera avisado, para ponerle alguna clase de freno.

—¡Nooooo…! —rugió, exasperado, con la desesperación que da el sentirse impotente ante algo mucho más fuerte que uno—. ¡No va a seros fácil vencerme!

Se arrojó sobre uno de los muros de plástico de las cámaras de cuarentena que aislaban el interior de todo contacto con el mundo exterior. Aferró una botella de vidrio vacía, la rompió de un violento golpe y desgarró con el afilado vidrio cortante toda la capa plástica, corriendo hacia el muro exterior. Cuando llegó ante él, saltó como un tigre contra la ventana herméticamente cerrada.

—¡Cuidado, que no escape! —gritó Hendrix a sus espaldas, apremiante.

Roger cargó contra la vidriera, y saltó a través de ella destrozándola con su propio cuerpo en medio de un estallido de vidrios rotos, protegiéndose la cara con ambos brazos. Ni le importaron los cortes que se hacía. Salvó el boquete limpiamente, rodando sobre el césped del exterior, en la noche de la base espacial. Tras él sonaron voces excitadas de sus adversarios. Iban a correr en pos de él.

Roger se incorporó, corriendo desesperadamente por las desiertas vías de la base, entre parterres, césped y edificios oficiales cerrados. Muy distante, tal vez demasiado para poder escapar de sus enemigos,

estaban las altas vallas alambradas y las patrullas de policía militar de servicio. Se preguntó si no le tomarían por loco cuando llegase a contarle a uno de ellos lo que sucedía, y sería a él a quien considerarían víctima de una dolencia cósmica, y no a sus compañeros. Era tan increíble toda la historia…

Miró atrás. Hendrix, Stuart y los dos enfermeros contaminados por el mal, corrían para cazarle como fuese. Aceleró su marcha, preguntándose angustiado dónde podría meterse para no ser localizado, para más tarde intentar la fuga de la base y poder avisar a alguien de lo que estaba sucediendo allí dentro.

Mientras corría, jadeante y cada vez más agotado por el esfuerzo, pensaba que sólo una persona en este mundo daría crédito a sus palabras en estos momentos: su hermana Wilma, la mujer de Akroyd.

La idea le asaltó rápida. Tenía que hablar con ella, contarle lo que sucedía. Tal vez se le ocurriera algo. O a Akroyd. No es que le gustara demasiado su cuñado, pero era un astronauta también, y podía hacer algo en su beneficio y en el de todos los seres humanos amenazados por aquella extraña epidemia llegada del Cosmos.

Logró burlar momentáneamente a sus perseguidores en el dédalo de edificaciones que formaban la zona residencial de la base. Salvó una valla metálica sin protección militar, y corrió angustiosamente hacia una cabina telefónica situada en un angosto corredor entre dos edificios. Penetró en ella violentamente, se encerró entre sus muros cristalinos y descolgó, marcando precipitadamente el número de su hermana. Por fortuna, era uno de los teléfonos de la base que no necesitaban monedas, bastando con pulsar las cifras-clave de su propia licencia de astronauta para que el cobro de la llamada le fuese cargado en cuenta posteriormente. Allí lo hizo Roger, esperando con mortal impaciencia que Wilma tomara el aparato, allá en su casa, al otro lado de las vallas metálicas de la base, casi a dos millas de distancia de él.

—¿Sí? —sonó una voz somnolienta de pronto, al otro extremo del hilo.

—¡Wilma, gracias a Dios! —jadeó Roger—. Eres tú…

—Roger, hermano… —la sorpresa asomó a la voz de ella—. ¿Qué haces? ¿Por qué me llamas a esta hora? ¿Ocurre algo? No creí que os permitieran llamadas después de las nueve de la noche en el pabellón de cuarentena…

—Y así es. No estoy en el pabellón, Wilma. He escapado. Me persiguen.

—¿Te has vuelto loco? ¿Por qué has escapado? ¿Qué pasa?

—Lo peor que podía ocurrir. Es increíble, Wilma. Algo atroz, que nadie admitiría. Por eso te llamo a ti. Eres la única que puede creerme y ayudarme. No sólo se trata de salvarme a mí, sino tal vez a todo el

país, a la Humanidad entera.

—Pero me estás asustando, Roger... ¿A qué te refieres?

Roger respiró hondo y le narró en pocas palabras lo sucedido. Wilma parecía muda de asombro, de horror. Pero al responderle, supo que, por fortuna, le creía.

—Roger, es terrible... Tal vez sea el inicio de... de una invasión en toda regla.

—Puede serlo. Creo que lo es. Wilma, ¿qué hacemos?

—Trata de escapar de ahí como sea. Avisaré a las autoridades, esperaré a que venga Jim, intentaremos lo que sea, pero tú lucha por evitar que te dominen, que lleguen a convertirte en uno de «ellos»... ¡Por el amor de Dios, hermano, no te dejes vencer!

—Lo intentaré con todas mis fuerzas. Gracias por creer en mí, Wilma. Gracias por todo... Salgo de esta cabina, debo ocultarme... Me parece haber visto a uno de ellos pasar por ahí enfrente, buscándome...

—¡Roger, por lo que más quieras, escóndete, no te dejes ver! Yo me ocupo de todo...

—Wilma, hazlo de prisa, te lo ruego... Me temo que queda poco tiempo...

Y colgó, echando una angustiada mirada en derredor, antes de abandonar la cabina sigilosamente y correr, pegado al muro, para salir de aquel callejón oscuro.

Dobló la esquina... y de inmediato supo que el desastre se precipitaba sobre él. Delante suyo, cerrándole el paso, estaban Stuart y Hendrix. A sus espaldas oyó pisadas rápidas.

—¡Ya lo tenemos, hermanos! —dijo Stuart radiante—. Está en nuestras manos definitivamente...

CAPITULO VII

Wilma Akroyd se quedó helada apenas colgó el teléfono y descubrió a Gala Fry en la puerta de su alcoba, pistola silenciosa en mano, la fría mirada fija en ella.

—¡Gala...! —exclamó asombrada—. ¿Qué haces aquí? ¿Cómo has entrado en casa a semejantes horas, sin llamar? Y vas armada... ¿Qué tontería es ésta?

—He venido a matarte, Wilma —sonrió duramente Gala—. Lástima que no fuera en sueños. Despertaste a destiempo por culpa de esa inoportuna llamada. Pero tengo que matarte de todos modos.

—¿Te has vuelto loca? Déjate de bromas pesadas, Gala. La llamada era de urgencia máxima. Debo avisar a la policía, a la NASA, incluso al FBI y al Gobierno. Ocurre algo espantoso. Roger me necesita con apremio.

—Pues lo siento por él. Yo no bromeo. Vengo a matarte, Wilma.

—¿Otra vez esa absurda tontería? Peter puede molestarse si sabe esta travesura tuya. Y también Jim...

Gala soltó una agria carcajada despectiva. Miraba con odio profundo a la pelirroja atractiva esposa de Akroyd.

—Eres una estúpida —silabeó—. En estos momentos, tu buen amigo Peter, mi esposo, está muerto también. Y ha sido Jim, tu amado esposo, quien lo habrá hecho. Para así, juntos él y yo, libres de ti y de Peter, iniciar una nueva vida, ¿es que no lo entiendes aún, necia?

—Tú y Jim... Peter y yo muertos... —jadeó ahora Wilma, empezando a ver claro. Su bella faz se tornó pálida, demudada, mirando con una mezcla de horror y asombro a Gala—. No es posible tanta maldad, tanta insidia y perversión. Gala...

—¿De veras piensas así? —se mofó Gala—. Pues vas a comprobarlo de inmediato. Lástima que no tengas tiempo de entenderlo mejor, de ver cuánto ha sido capaz de engañarte tu querido Jim... Ahora, tengo prisa. Debo terminar contigo de inmediato. Jim tiene su coartada en estos momentos, y debo colaborar con él... Buen viaje al infierno, Wilma.

Alargó su brazo armado, disponiéndose a apretar el gatillo del arma, terminando así a sangre fría con la vida de la mujer a quien más aborrecía.

En ese momento. Altea, la hermosa muchacha del planeta Kron, entró en escena.

*

Fue como si una centella de oro y plata se cruzara entre ambas.

Ningún ser humano hubiese podido evitar lo inevitable. Porque Gala acababa de apretar el gatillo y el arma disparó la bala mortífera contra Wilma Akroyd. Ya nada ni nadie parecía capaz de impedir el crimen consumado.

Sólo Altea podía hacerlo. Porque Altea no era de este mundo. No era de ningún mundo en realidad, y su creador la había dotado, como a Héctor, de poderes excepcionales, como a todas las criaturas del fantástico mundo de Kron.

Esos poderes fueron los empleados por la hermosa criatura de piel dorada y cabellos platinados, al interponerse entre la bala y Wilma, en una increíble acción que dejó a ambas mujeres estupefactas e incrédulas.

Altea alargó sus manos doradas ante la bala que silbaba ya en el aire, invisible a todo ojo humano. Una de sus manos aferró el proyectil en seco, sin sufrir el más leve rasguño. Su piel pareció hervir un momento, al contacto con la bala de calibre 45, pero ni siquiera se rasgó o quemó por el impacto. Por el contrario, la pieza metálica vomitada por el arma se quedó mansamente quieta, frenada en su mortífera carrera hacia el blanco. Altea, con una dura sonrisa, mostró la bala a la incrédula esposa de Peter, y luego cerró sus dedos sobre ella, apretándola.

La bala se arrugó y estrujó como si fuese de goma. Cuando Altea la dejó caer al suelo, era un informe y aplastado objeto BRILLANTE: Nada más.

—Asesina —acusó Altea a Gala—. Has intentado matar a una mujer. Pero no contabas conmigo, ¿verdad?

—Tú… ¿quién eres? —jadeó Gala, lívida—. Pareces… pareces…, pero no, eso es imposible de todo punto, una locura…

—¿Crees que soy Altea de Kron? —rió la joven—. Pues aciertas. Soy Altea.

—¡Cielos, no, no! —el horror asomó a los ojos dilatados de Gala—. Altea sólo existe en la fantasía de Peter… No eres un ser real, nunca has existido…

—Te equivocas. Aquí estoy. Como ves, hice lo mismo que a veces habrás leído que hacía Altea en Kron, luchando contra los siniestros esbirros de Tenebro… Al lado de él, tu fuerza o la de Akroyd no tienen la menor importancia para Héctor y para mí…

—Héctor… Altea… Es demencial… —sollozó Gala. Furiosa, reaccionó, precipitadamente ahora sobre Altea, al tiempo que apretaba repetidas veces el gatillo de su arma—. ¡Pero yo te mataré, yo demostraré que no eres más que una farsante!

Los disparos alcanzaron a Altea. Wilma gritó, aterrada, temiendo

que su sorprendente, bellísima amiga, pudiera caer víctima de Gala y su arma. Pero ocurrió de nuevo algo fuera de lo previsible, escapando a toda lógica.

Altea no dejaba de sonreír, mientras de sus senos, de su hermoso torso, irradiaba un resplandor súbito, dorado, y las balas rebotaban sobre ella como si sus pechos y su cuerpo todo estuviera hecho de bronce puro. Los irisados ojos se mantenían fijos, burlones, en la exasperada y feroz Gala.

—Como ves, la luz de nuestros dioses del bien me protege de toda violencia —dijo calmosa Altea—. La Diosa Lux me envía su resplandor salvador desde la Torre de Azhán.

—¡No es posible, no es posible! —chillaba Gala frenética, vaciando el cargador de su arma inútilmente—. ¡Tú sólo existes en la mente de Peter!

—Y es suficiente —suspiró Altea—. El nos ha creado. Ha creado nuestra materia y nuestra alma. Lo siento por ti, Gala. El juego ha terminado.

Y como si ya se hubiera cansado de tanto prodigio. Altea descargó sobre Gala su mano diestra en rápido bofetón. Cuando la golpeó la mejilla, ocurrió algo repentino y fulminante. Como herida por la luz de un rayo, Gala se desplomó inerte a pies de su adversaria del cabello platinado, exhalando un gemido ronco. Ya no se movió.

—¿Está... está muerta? —jadeó Wilma, asustada.

—No, no temas, amiga mía —sonrió Altea—. Sólo está inconsciente. Si has leído algún relato de Peter Fry, sabrás cuáles son nuestros poderes especiales, allá en Kron...

—Pero Kron... y vosotros... Pensé que no existíais... —susurró Wilma, atónita.

—Ya ves que no es así —dijo Altea sin explicar más—. Estate tranquila. Gala y tu marido nunca más te causarán daño. Héctor se habrá ocupado a estas horas de él.

—¡Héctor! ¿También él existe? ¿Qué habrá sido de Jim, Dios mío?

—No te preocupes demasiado por él. Ya ves cómo te amaba a ti. Te envió a Gala para que murieras teniendo él una coartada. Por fortuna, llegué muy a tiempo...

—Sí, de no ser por la llamada de Roger, estaría yo dormida cuando... ¡Dios mío, Roger! ¡Altea, si realmente eres quien dices ser, es preciso que me ayudes en esto! Roger, mi hermano, es perseguido por otros hombres que eran camaradas suyos... Algo les domina, les posee. Es una criatura llegada del espacio, que trajeron consigo en su viaje... Controla sus mentes, puede vampirizar a otros seres, extenderse como una plaga invasora...

—Te entiendo —asintió gravemente Altea—. Vamos en busca de Héctor y de Peter. Ellos sabrán qué hacer para resolver el problema,

estoy segura. Yo... ¡Dios mío, mira eso!

La voz de Altea reveló súbito terror. Señalaba algo, al fondo de la sala. Wilma miró en esa dirección y gritó, horrorizada.

—¿Qué es? —gimió, buscando protección junto al dorado cuerpo de Altea.

—El peor ser imaginable... No sé cómo ha ocurrido.... ¡pero el dios del Mal, Tenebro, está aquí! Ha pasado también la gran barrera...

La sombra furtiva que Altea había descubierto reptando por el salón hacia el dormitorio, se agrandó y elevó en ese momento, como una enorme masa de tinieblas, despidiendo un frío maloliente, con su único ojo ardiente fijo en ellas dos. Una monstruosa risotada rebotó de muro en muro, haciendo temblar a Wilma.

—Altea, tu amado Héctor ya es mi prisionero en Kron... Lo mismo que Peter Fry y ese asesino estúpido llamado Jim Akroyd... Ahora ha llegado el momento de que vosotras seáis también mis esclavas, mis cautivas...

—¡No, Tenebro! —gritó Altea, encarándose fieramente con él—. ¡No te será tan fácil conseguirlo! ¡Recuerda que las leyes de Kron te impiden atacar a una mujer! ¡Lucharé contigo si es preciso, me defenderé y defenderé a esta mujer que está conmigo!

—Necia sin sentido, no sabes lo que dices —tronó la sombra viviente—. Bruma viene conmigo... y ella sí puede atacar a las de su propio sexo... ¡y vencerlas siempre!

—Bruma... —musitó Altea, alarmada—. ¿También ella está aquí?

En respuesta a sus palabras, algo comenzó a materializar se junto a Tenebro, surgiendo de la nada en apariencia. Era una silueta femenina grisácea, hecha de nieblas, pero que adquiría paulatina forma, un aspecto material, aunque a la vez transparente, como si su carne fuese pura bruma, como su nombre.

Una rara, maligna belleza como entrevista a través de velos de neblina, se erguía ante ellas, con su larga melena vaporosa, su desnudez impúdica, sinuosa y sensual, perversa y provocadora, ondulante como una sierpe de humo tenue.

—Vamos, Altea, ¿te atreves conmigo? —sonó la voz suave, aterciopelada, que brotaba de los labios de vaho de aquella forma intangible, mientras unos ojos de humo azulado se fijaban con rara fosforescencia en la belleza agresiva y dorada de Altea—. ¿Te sientes capaz de vencerme a mí?

—Bruma, espíritu del Mal, diosa del vicio, la sensualidad y el placer insano... —jadeó Altea, con fiereza en su hermoso rostro, en su cuerpo musculoso, de atleta armoniosa y sensitiva—. ¡Al menos debo intentarlo, maldita...!

Y con gran valor, se precipitó sobre la diosa de la Tierra Maldita, de quien se decía en Kron que poseía todos los poderes malignos de

Tenebro y toda la fuerza astuta y cruel de las mujeres más perversas de la Creación.

Una risa despectiva brotó de aquel ser femenino flotando en la bruma. Wilma, atemorizada, pero a la vez maravillada ante tanto prodigio ajeno a este mundo, contempló el choque vigoroso y heroico de la dorada muchacha contra un poder que era inmaterial y, por tanto, inaccesible.

El vapor que formaba el cuerpo gris y azul de Bruma se disolvió, reptó formando volutas, como si la mujer diabólica fuese un simple sueño o un vaho de un opio desconocido, creando formas en la mente, para materializarse de nuevo en forma de gran sierpe, que se enroscó en torno a Altea. Anillos de humo gris envolvieron la vigorosa figura femenina. Forcejeó en vano, sujeta por aquella materia evanescente y, sin embargo, tan fuerte como si realmente un inmenso reptil surgido de la nada se apoderase de ella con mortal abrazo.

Altea jadeó, forcejeó, se debatió en vano entre aquellos anillos brumosos, hasta que lentamente dejó de resistir, comenzó a ceder, y acabó por dejar caer sus brazos, dejar fláccido su cuerpo, y en sereno reposo su cuerpo. Estaba inconsciente, vencida.

—Dios mío... —gimió Wilma, retrocediendo asustada—. La has matado...

—Podría hacerlo, pero muerta no serviría de mucho —dijo la voz siniestra de Tenebro—. Bruma, mi fiel sacerdotisa, sabe lo que hace. Sólo flota en la inconsciencia, como te ocurrirá ahora a ti, mujer. Y como le ocurre ya a esa otra mujer que quiso matarte. Todos vais a venir a Kron, a una dimensión en la que nunca penetró ser real alguno.

—¡No, Dios mío, no puede hacerlo! —clamó Wilma—. ¡Hago mucha falta aquí, debo salvar al mundo de un horror que le amenaza!

—Lo siento. Yo debo dominar a mi propio mundo y tal vez, algún día, llegue a dominar éste también. Todo dependerá de mí ahora. Siendo el amo y señor de la mente creadora de Peter Fry, todo es posible... Absolutamente todo, mujer. Y ahora, emprendamos el viaje a mi dimensión...

Antes de que Wilma pudiera evitarlo, la masa de negra niebla cayó sobre ella como un manto de noche y de terror. Gritó ella, se sintió envuelta en aquella materia helada y hedionda a la vez, y supo que un irresistible aturdimiento la iba dominando de forma paulatina, hasta embotar sus sentidos todos y convertirla en un ser adormecido, flotando en una inconsciencia casi absoluta. De forma vaga, imprecisa, casi irreal, se sintió transportada, conducida a alguna parte. Supo que volaba en alas del poder maligno de Tenebro y de su leal y hermosa Bruma, mientras Altea y Gala también eran transportadas por las dos deidades del Mal, rumbo a unos mundos que

nunca existieron, en una dimensión imposible.

Rumbo a Kron, el planeta creado por la mente de Peter Fry.

CAPITULO VIII

Kron.

Aquello era Kron. ¡Estaba en Kron!

La idea resultaba tan increíble, tan irreal... Por un momento, pensó que soñaba. Que estaba viviendo la más atroz pesadilla de toda su vida.

Pero luego supo que era verdad. Que, pese a todo, estaba en Kron. Que esto era Kron, el mundo que sólo existía hasta entonces en unas hojas de papel mecanografiadas.

Kron...

Peter Fry estaba contemplando, desde su extraño encierro, el exterior visible a través de los muros transparentes, de cristalina piedra, donde se hallaba inmovilizado por la perversidad de un enemigo al que no le era difícil identificar, allá en el fondo de su cerebro.

¡Tenebro!

El mítico dios del Mal, señor de las tinieblas y de la muerte, amo de las Tierras Malditas de Varkia, la Zona Prohibida a todos los kronianos, por sus horrores sin límite.

Le tenía cautivo en Kron. Un mundo que nunca había existido salvo en su cerebro y en sus relatos, había tomado forma real y le había absorbido, prisionero de su propia obra creadora. A su alrededor, Varkia mostraba sus terroríficas regiones negras o volcánicas, su fuego a ras de tierra, sus nubes densas y ominosas, resplandores infernales alumbrando a extraños reptiles y alados monstruos propios de una

Prehistoria de mundo caótico. No podía salir de allí. Bien sabía él en qué clase de prisión estaba. La piedra cristalina de Kron, la indestructible y límpida diamanita, formaba los muros de su cárcel. Un mineral que él había inventado... era ahora su prisión inexorable.

—Es para enloquecer —gimió Peter, aferrando estérilmente con sus manos crispadas la superficie gélida de la piedra diamantina—. Kron no existe... ¡Nada de esto existe salvo en mi mente, pero yo estoy prisionero de ello!

Desolado, bajó la cabeza. Debía rendirse a la evidencia. El Hologratron no sólo había dado vida corpórea a Héctor y a Altea, sino también a Tenebro, acaso a Bruma... y al propio mundo convulso de Kron. Ahora, la Tierra, el Universo, su propia Dimensión, estaban lejos, muy lejos de allí. Si no ocurría un milagro, jamás volvería a todo ello. Se quedaría para siempre en su mundo imaginado, en una simulación escalofriante de la realidad.

—Sólo Héctor puede salvarme de este horror —musitó, abatido.

Poco sabía él que, en esos momentos, el propio Héctor era asimismo prisionero de Tenebro y que, como Peter, sufría cautiverio en una prisión muy especial, dispuesta para él por Tenebro. Sumergido en glasium, un líquido púrpura increíblemente ligero pero que paralizaba los miembros y la mente, asistía insensiblemente a la visión de Varkia y sus horrores, mientras Akroyd y Gala permanecían sujetos a gruesas cadenas, junto a un muro, y Wilma y Altea eran vigiladas por Bruma, la hermosa y evanescente sacerdotisa del Mal, libres de ataduras, contemplando impotentes la prisión de Héctor, el único hombre cuya fuerza física y poderes mentales hubiera podido ser capaz de salvarles a todos de la fuerza maligna de Tenebro, si lograba unirse a Peter, su creador, antes de que fuera demasiado tarde.

Porque el propio Tenebro había manifestado sus intenciones claramente, a sus cautivos, antes de someter a Héctor y a Peter a aquel encarcelamiento:

—Mi plan consiste en apoderarme del cerebro de Peter Fry y manejarlo a mi antojo, y convertir a Héctor en un simple autómata a mis órdenes. De ese modo conquistaré la ciudad sagrada de Azhán, con el Templo de la diosa Lux, torre del máximo poder imaginable en el universo fantástico de Peter.

Si eso se alcanzaba, nadie podría enfrentarse a Tenebro. Vencería a Luz y se haría amo y señor de todo el planeta. Pero sus sueños iban infinitamente más lejos, eran más y más delirantes a medida que calculaba sus posibilidades de éxito:

—¡Podría incluso dominar el mundo real, introducir mis poderes a través del Hologratron, y ser el amo del Universo de Peter Fry. ¡Nadie podrá enfrentarse a Tenebro y a sus fuerzas desencadenadas!

Altea pensó que tal vez estaba en lo cierto. Lo imaginable no tiene freno. La mente de Peter, sometida a Tenebro dócilmente, podía crear cosas impensables, que el monstruoso ser convertiría en reales y trasladaría a la dimensión de lo posible. Entes de ficción adueñándose del mundo, de los planetas… Una idea pirandelliana, llevada a escala cósmica: los personajes que cobran más fuerza que su autor y crean su propia obra, en este caso una tragedia universal…

—Dios mío… Este loco ente imaginario soñando una atroz posibilidad… —gimió Wilma, mirando desesperada a su amiga Altea —. Y allí, en la Tierra, mi propio hermano acaso convertido ya en monstruo, unido a otros seres contaminados que también desean adueñarse del planeta… Es como una espantosa pesadilla sin fin, un círculo vicioso de horrores inimaginables, Altea…

—Ten calma, Wilma, querida amiga —musitó Altea suavemente—. Tal vez exista un milagro, y podamos ver libres a Peter, a Héctor…

Entonces, todo estaría salvado.

La risa maligna y ronca de Bruma las interrumpió. La desnuda forma flotante de la sacerdotisa maldita, se aproximó a ellos como una simple ilusión incorpórea.

—No soñéis imposibles —les dijo burlona—. Nadie podrá liberar a Héctor ni a Peter. Tus poderes superiores no pueden tampoco enfrentarse a Tenebro, bien lo sabes. El, en su Tierra Maldita, es invulnerable a las fuerzas de Héctor y tuyas. Podéis ver a vuestro admirado Peter Fry... ¡prisionero en su cárcel de *diamanita* para siempre! Dentro de poco, Tenebro hará un trasplante cerebral a su persona, y la mente de Peter será suya. ¡Suya, con todo lo que eso significa! —y con un ademán de su brazo vaporoso, surgió ante las cautivas la visión halográfica de Peter en su encierro.

Volvió a reír. Las dos amigas se miraron con angustia. Altea meneó la platinada cabeza con desconsuelo. Su dorada piel brillaba a los reflejos carmesí de los torrentes de fuego de Varkia, la Tierra Maldita de Kron.

—Ella dice verdad —suspiró abatida—. Nada ni nadie puede liberar a Peter de su prisión de diamanita, ni a Héctor de la suya de glasium. Estamos perdidos...

Un enorme dragón alado sobrevoló la cumbre rocosa donde se hallaba el palacio negro de Tenebro, emitiendo graznidos espeluznantes, para perderse luego sobre cimas volcánicas agitando sus membranosas alas. Wilma se abrazó, atemorizada, a su amiga de piel de oro, que la acogió cariñosa, comprensiva.

Pero mientras se abrazaba a Altea, Wilma susurró serenamente al oído de su amiga:

—Si todo esto es creación de Peter, ¿no podría ser él quien lo destruyera con el sólo poder de su mente, Altea?

—Claro que sí, Wilma —musitó Altea—. Pero encerrado allí, Peter no puede utilizar su mente. La diamanita es dura como el acero o el diamante. También es hermética a toda fuerza mental. Nada puede resquebrajarla lo suficiente como para que las ondas mentales de Peter salgan de allí y actúen.

Tenebro es muy listo y ya ha imaginado todo de antemano.

Wilma no dijo nada. Tormentas eléctricas, secas y terribles, azotaban aquella convulsa región de Kron. Distantes rayos se descargaban, centelleantes, encima de las cumbres abruptas, en medio de bramidos profundos del trueno y el cielo negro se iluminaba con sus fulgores de pesadilla. Wilma contempló aquellos fenómenos atmosféricos. Su voz fue apenas un murmullo audible para Altea:

—Si realmente, las cosas que inventó Peter han tomado forma, lo mismo que existe Tenebro, existirá Lux, la diosa del Bien. Yo también he leído sus relatos.

—Existe, Wilma —asintió Altea—. Pero está en Azhán, la ciudad-capital. Su poder no llega hasta aquí…

—El poder del Bien puede llegar a todas partes. La luz, también. Si no lo hace Lux, podría hacerlo Dios mismo. Y castigar así a quienes quieren convertirse en criaturas vivientes sin serlo. Dices que nada puede destruir la diamanita… ¿Podría uno de esos rayos agrietarla al menos?

—Por supuesto —Altea miró con asombro a Wilma—. Un rayo… Sí, pero no va a caer casualmente en la prisión de Peter…

—No, casualmente, no —negó Wilma con energía—. Digamos que puede caer porque yo lo pido, porque yo pongo mi fe y mi mente en Dios, en la luz del Bien, en lo que sea, pero que signifique justicia y nobleza, pureza y bondad… ¡Si esas fuerzas existen en Kron, harán que la chispa salvadora caiga sobre la cárcel transparente de Peter Fry, estoy segura!

Cerró Wilma sus ojos, concentrándose en aquella idea, pensando en el rayo, evocando la idea de Dios, de una justicia divina que devolviera a las cosas su condición normal.

De súbito, allá en las Tierras Malditas, una enorme descarga eléctrica fulguró a través de la noche eterna de la Zona Prohibida. Una chispa de luz pareció convertir en día las tinieblas. Jamás el estampido del trueno fue tan formidable. Las aves prehistóricas que surcaban los cielos, aletearon aterrorizadas, emitiendo chillidos de pavor, y huyeron lejos de donde el rayo acababa de fulminar una estructura prismática de *diamanita*, resquebrajando el duro mineral como si fuese vidrio.

Peter Fry lanzó un ronco grito de júbilo. Se aferró a la pared abierta, agrietada de arriba abajo, y pensó en Wilma, en Héctor, en Altea, mientras gritaba con todas sus fuerzas:

—¡Héctor, despierta! ¡Héctor, tienes que luchar, vuelve a la vida! ¡Acaba con Tenebro y con Bruma, derrota a las fuerzas del mal! ¡Te lo ordeno! ¡Yo, creador de este mundo y de todos vosotros, así lo dispongo!

Se concentró con fuerza en esa idea. Brotó de su mente, partió en ondas mentales hacia alguna parte, y allá en su lecho de purpúreo glasium, la mole titánica de Héctor se agitó, ante el asombro de Tenebro y la esperanza de Altea y Wilma.

—¡Se mueve! —rugió la voz monstruosa de Tenebro—. ¡Héctor se mueve, maldita sea! ¡Bruma, hay que hacer algo! ¡No sé lo que sucede, pero Héctor está venciendo a la fuerza paralizante del *glasium*!

—¡Es Peter Fry! —clamó Bruma aterrorizada—. ¡Se ha liberado, está actuando contra nosotros! ¡Su mente dispone las cosas de diferente manera a como tú querías!

La forma gaseosa y negra de Tenebro se agitó convulsa, su único

ojo de cósmico Polifemo, destelló maligno. Pero Bruma tenía razón. Y él lo sabía.

Héctor estaba incorporándose. Gruesas gotas de ligero líquido purpúreo se deslizaban sobre su epidermis dorada, a medida que abandonaba el baño de glasium paralizante para enfrentarse demoledor a Tenebro y a Bruma.

—¡Al fin, Tenebro! —bramó Héctor, sacudiendo de su cabello y de su piel de oro las últimas gotas de aquel líquido semejante al mercurio, pero liviano y gélido—. ¡Ya estamos frente a frente, y sé que puedo vencerte, puesto que así lo ha dispuesto tu propio creador! ¡Las ideas de Peter Fry me llegan nítidas! ¡Esta historia va a terminar con tu derrota final, maldito monstruo de las tinieblas!

El luchador se abalanzó sobre el gaseoso, evanescente dios del Mal. Esta vez, todos los maléficos poderes de Tenebro nada pudieron contra Héctor. Ni sus descargas de energía, ni sus efluvios destructores o paralizantes detuvieron a Héctor, movido por la mente de su propio creador a distancia, escribiendo sin pluma ni papel una nueva aventura de sus personajes, quizá la última y más dramática de todas...

Las manos de Héctor asieron jirones de niebla negra de Tenebro entre sus nervudos dedos. Fue como intentar asir el mismo humo, pero eso ya lo sabía el joven y titánico luchador de Kron. Por ello, cuando supo que se iba a escurrir de entre sus manos una vez más, se precipitó en felino salto sobre su rostro inexistente, sobre la oscura mancha de negrura que era la faz de Tenebro... ¡y una de sus férreas manos penetró en su ojo escarlata, que sus dedos envolvieron, desgarrándolo brutalmente!

Una materia gelatinosa, fría y cristalina, reventó entre sus dedos. El ojo carmesí dejó de brillar. Un alarido largo, bestial, inhumano, escapó de la masa de tinieblas viviente. La bruma se hizo jirones primero, polvo luego. La propia Bruma, sacerdotisa del Mal, estalló en simple polvillo gris, dispersándose en el vacío.

Un momento más tarde, ninguno de los dos existía ya. Fuera, en la distancia, empezó a resplandecer una aurora dorada, luminosa, ahuyentando en el horizonte las tinieblas eternas de Varkia, la Tierra Maldita.

—Ya acabó todo —jadeó Héctor, sonriendo triunfalmente y corriendo a los brazos de Altea—. Hemos vencido. ¡Hemos derrotado al Mal decisivamente, Altea!

—Y todo, gracias a tu fuerza... a tu astucia, Héctor... pero también gracias a la fe de Wilma en su propio Creador, que no es un hombre, sino un ser superior... —musitó Altea con alivio.

Héctor sonrió a Wilma, asintiendo. Luego, recordó:

—Vamos a liberar a Peter. Tenéis que volver a vuestra dimensión,

Wilma.

—Sí, Dios mío —asintió ella angustiada—. Mi hermano... está en peligro. Todo el mundo lo está... Peter tiene que saberlo. Es preciso volver cuanto antes allí...

Altea explicó rápidamente a Héctor lo que sucedía en la Tierra. El luchador asintió gravemente.

—No perdamos tiempo —dijo—. Peter no está lejos de aquí. Y ahora, Kron está a salvo de todo riesgo. Es vuestro problema el que importa.

—¿Y ellos, Héctor? —Altea señaló a Akroyd y a Gala, encadenados todavía a la roca, mudos y espantados testigos de todo lo sucedido allí.

—Oh, esos dos... —Héctor les miró con desprecio—. Supongo que deben volver también a su lugar. Y que paguen allí sus fallidos crímenes. Los seres reales no tienen sitio en Kron.

Partieron, rescatando inmediatamente a Peter. Este abrazó a sus amigos de Kron. Y también a Wilma, que tembló emocionada.

—Hemos de volver a nuestro propio lugar —dijo Peter, apenas Wilma le narró los terribles sucesos de la base—. Nunca debimos venir aquí, no es nuestro mundo. Pudo haber tenido terribles consecuencias para todos, de no ser por tu fe, Wilma. Es mala cosa mover a algo que no pertenece a un mundo y cambiarlo de sitio. Ese fue el error de Tenebro. Pero tal vez también el mío al llevaros a vosotros a mi mundo, Héctor.

—No hables así, Peter —le reprendió Wilma—. Ellos salvaron nuestras vidas...

—Eso es cierto. Y os estoy muy agradecido por ello —sonrió Fry tristemente—. Eso es algo que nadie sabrá jamás. Porque tampoco iban a creerlo, claro.

—¿Sabes cómo regresar, sin tener aquí el Hologratron? —indagó Héctor.

—Sí, amigo mío. Este mundo fue creado por mí, y debe quedarse donde realmente está. Supongo que bastará mi propia voluntad, mi mente, para devolvernos a nuestra dimensión real. Una vez allí, veremos lo que puede hacerse contra los invasores del espacio exterior.

—Yo puedo ayudarte en eso, Peter —se ofreció Héctor—. Si vais a enfrentaros a un enemigo desconocido y poderoso, ¿por qué no usar yo mis propios superpoderes, aunque sólo sea por última vez?

—No es mala idea —aceptó Peter—. Está bien, volvamos todos. Luego será el momento de que volváis a Kron los dos...

CAPITULO IX

—No está aquí tampoco —dijo fríamente Alvin Hendrix, volviéndose a sus acompañantes, que formaban un sombrío, gélido grupo silencioso, a sus espaldas—. ¿Dónde puede haberse metido ese necio estúpido?

—Debimos haber asegurado su captura cuando le cogimos entre dos fuegos en el pasaje —se quejó Ben Stuart apagadamente.

—Parecía imposible que huyera en aquella situación —dijo Hendrix, glacial su mirada, moviéndose por la vivienda desierta de Wilma Akroyd—. Es muy listo el endiablado Roger. Se las ingenió muy bien para saltar a aquel muro y escalarlo como una araña. Debí recordar que había sido acróbata antes de astronauta...

—¿Y ahora dónde estará? Es el único que sabe que existimos, lo que somos...

—No importa demasiado —rió duramente Hendrix—. ¿Quién puede creer su historia?

—Nadie —aseguró uno de los diez miembros del pabellón de cuarentena y esterilización que formaban el grupo de los ya «contaminados» por la forma de vida que llegó del espacio—. Nadie puede creer en nuestra existencia. Es la ventaja que tenemos sobre ellos, los terrestres. Debemos aprovecharla cuanto antes.

—Claro está —convino Hendrix—. Dispersaos. Vamos a iniciar la tarea de posesión de otros humanos. Yo, entretanto, seguiré buscando a Roger. Me sentiré más seguro cuando él sea ya uno de los nuestros... o esté muerto definitivamente.

Los hombres, con andares y expresión de autómatas, se comenzaron a separar, en dirección a la salida de la vivienda. Era cada uno de ellos una especie de semilla viva en potencia, un método seguro y escalofriante de contaminación de los humanos. Cada «poseído» podía lograr en pocas horas diez o doce adeptos. Y eso crecería proporcionalmente hasta el infinito. En dos días, el país entero sería de «ellos». Nadie estaba capacitado para evitarlo. Nadie lo sabía. Nadie podía sospecharlo.

Abrieron la puerta de la casa vacía. Se encaminaron hacia el oscuro jardín que le rodeaba. Más allá, las luces de la zona residencial, las verjas de la base, los soldados arma en mano montando guardia... Todo un mundo tranquilo, en reposo, ajeno al horror viviente que se cernía sobre ellos.

Y, de repente, algo se interpuso en su camino.

—¡Roger Nolan! —aulló Ben Stuart, reconociendo al hombre que aparecía entre los setos, frente a ellos, tranquilo y sereno, incluso

desafiante, encarándose a aquel grupo de seres poseídos por una forma de vida desconocida y terrible.

Hendrix giró sobre sí mismo, sobresaltado. Los demás autómatas humanos contemplaron con estupor al enemigo que se les entregaba dócilmente sin resistencia.

—Roger... —silabeó Hendrix, dominando su extrañeza y exhibiendo una fría, deshumanizada sonrisa en su rostro rígido. Avanzó hacia él, lentamente, alargó sus brazos—. Roger, amigo mío, hermano... Has comprendido que era inútil escapar, ¿verdad? No sirve de nada luchar contra un imposible. «Nosotros» somos los más fuertes, lo sabes... Y has venido a formar parte del grupo, a ser uno de los nuestros, ¿no es cierto?

Roger Nolan, pálido pero tranquilo, les miraba con una expresión que inevitablemente, revelaba su preocupación y su horror, pese a su aparente calma.

—No, Hendrix —negó despacio—. He venido a destruiros a todos vosotros.

—¿Estás loco? —rió su antiguo camarada—. Eso no puede ser. Somos superiores... No sabes siquiera la naturaleza real de nuestra condición, de nuestra nueva vida...

—La sé —afirmó Roger—. Y sé cómo destruiros. Lo sabemos todos nosotros, Hendrix. Es una lástima, porque tú y Stuart erais amigos, camaradas entrañables. Pero de esos compañeros no queda apenas nada. Os domina esa otra forma fría y cruel de vida que cayó del cielo y se dominó, como al pobre y bueno de «Rocky» a bordo del Zodiac... ¡Por eso tenemos que destruiros, exterminaros sin piedad! No queda otro remedio...

Junto a él, de entre los setos, surgieron otras personas: Wilma, Peter Fry, los dorados y fantásticos cuerpos de Héctor y de Altea...

Hendrix lanzó un rugido. Contempló con asombro a los extraños seres de Kron y a sus amigos de la Tierra. Luego, ordenó a todos los demás:

—¡Acabad con ellos! ¡Aniquilad a los humanos, pronto!

Los autómatas de carne y hueso se movieron como siguiendo una voz que no podían desobedecer. «Ellos» sabían que esa orden no brotaba de la mente de Hendrix, sino del ser alojado en ella, de la simbiosis de una maligna espora o semilla espacial, inoculada en la sangre, en el cerebro de Hendrix a través de la simple saliva de un mono... Avanzaron hacia los cinco aparecidos del jardín amenazadoramente.

Fue Héctor quien actuó, apoyado por Altea. Sólo ellos poseían unos poderes superiores, unas fuerzas misteriosas y extrasensoriales que ningún ser real conocía. Sólo ellos, por obra y gracia de la imaginación creadora de un hombre, podían enfrentarse al peligro

letal llegado del Cosmos...

Las doradas figuras, hermosas y atléticas, avanzaron hacia el grupo nutrido de «extraños». Eran como dos fantasmas bañados en oro, moviéndose fantásticamente bajo el resplandor lejano de las estrellas, en aquella noche decisiva para el mundo.

Una luz demoníaca, irracional, un frío fuego brillaba en lo más profundo de las siniestras pupilas de Hendrix, Stuart y sus acompañantes. Cualquier ser humano hubiera sentido miedo, terror ante aquellas miradas de otro mundo remoto, tal vez de distintas galaxias perdidas en la noche de los tiempos y los espacios.

Pero ni Héctor ni Altea eran humanos. No tuvieron miedo. Se enfrentaron a un enemigo, a un poder tenebroso que no era de Kron ni era de ninguna dimensión imaginada, pero que tampoco era de este mundo.

Alargaron sus brazos cuando tuvieron más próximos a sus adversarios, rígidos como muñecos movidos por invisibles hilos de la noche. De sus dedos brotaron lenguas de un extraño fuego zigzagueante, azul, deslumbrador. El jardín se bañó de resplandor espectral. Esa luz envolvió a los «contaminados» como una nube de polvo luminoso.

Ocurrió algo asombroso. Sus cráneos, sus cabezas, se tiñeron de luz, igual que si cobraran una fantástica fosforescencia interior. Los ojos llamearon, se llevaron las manos a la cabeza, como si ésta fuese a estallarles de un momento a otro.

Sus figuras se agitaron, convulsas, entre alaridos roncos de rabia y dolor. Fue como iniciar una extraña y horrible danza macabra protagonizada por seres vivos. Luego, algo estalló en sus cráneos. De sus fosas nasales, sus orejas y sus bocas, brotó una purulenta materia viscosa, hedionda, burbujeante y sucia. Se debatían en terribles espasmos bajo lo que parecía un sufrimiento indecible. Luego, como fulminados por un rayo devastador, se desplomaron uno tras otro, alfombrando el jardín con sus cuerpos contraídos, inertes. Un silencio de muerte reinó en el lugar. La luz azul se extinguió, las doradas manos de Héctor y Altea dejaron de parecer fosforescentes.

—Ya está... —jadeó Héctor, inclinando la cabeza como si estuviera agotado por un terrible esfuerzo—. Ya está... No era fácil.

—No, no lo era —asintió Altea, tan fatigada como su compañero —. Esos hombres no eran ya humanos, no tenían cerebro, sino una masa de gusanos vivos e inteligentes, terriblemente poderosos. Por fortuna, la luz cósmica de la diosa Lux puede vencer a las fuerzas malignas de cualquier lugar del espacio, de cualquier mundo, de cualquier galaxia, real o imaginada... Nuestros cuerpos emiten esa radiación al concentrarnos. Y la luz va directa al lado malo de los seres vivientes, sólo a su lado malo... destruyéndolo inexorablemente.

—Dios mío... —susurró Roger Nolan tragando saliva—. Nunca lo hubiera creído de no verlo con mis propios ojos. Peter, unos seres que tú creaste... han salvado al mundo.

—No es mérito mío, sino de ellos —suspiró Fry, demudado—. Y de una nueva rara facultad que poseía sin saberlo: poder crear la materia que yo invento... Dar vida real a cuanto imagino.

—Ahora hablaré con las autoridades —dijo Roger—. Espero que me crean cuando hagan la autopsia a esos desdichados...

—Le creerán —sonrió Héctor—. Hallarán suficientes evidencias de esos organismos vivientes dotados de inteligencia... Pero no les cuente lo de Altea y yo. Eso... seguro que no lo creerían —terminó con una sonrisa.

Peter Fry se acercó a ellos. Les miró con simpatía, con profundo afecto.

—Me duele tener que devolveros al lugar de donde procedéis, Héctor —musitó—. Me empezaba a acostumbrar a vosotros dos.

—Lo sé. Pero tienes que hacerlo. Este no es nuestro mundo. No tenemos lugar aquí. Y es peligroso abrir la puerta a nuevas dimensiones, tú lo has sabido por ti mismo. Puede llegar algo bueno... y también algo muy malo. Altea y yo pertenecemos a Kron. Queremos volver allí. Al menos, ya no existe Tenebro... a no ser que tú lo resucites.

—¿Resucitarlo? ¡Ni en sueños! —rió Peter jovialmente—. Vamos, amigos. Volvamos a casa. Ya hemos resuelto lo más importante. Hay que haceros regresar, y el *Hologratron* es el único medio posible para ello.

—Sí, vamos ya... —asintió Héctor, abrazándose a su inseparable Altea.

*

Wilma, Roger y Peter alzaron su mano en despedida afectuosa. Héctor y Altea hicieron lo mismo antes de cruzar la pantalla del *Hologratron*. Luego, sus dorados cuerpos se perdieron en la otra dimensión, la de lo ficticio, de regreso definitivo a Kron.

Tras ellos tres, Akroyd y Gala, esposados entre sí, asistían a la despedida, mudos y sombríos. A ellos les esperaba ahora la entrega a las autoridades para ser juzgados por su fallido intento de doble asesinato.

—¿Y ahora qué vas a hacer, Peter? —preguntó Wilma dulcemente.

—Ahora... cerrar para siempre la puerta con lo imaginado. Sin este ingenio, mi capacidad de crear materia no puede concretarse, y es mejor que sea así, aunque todo haya salido bien gracias a ello.

—¿Cómo puedes hacerlo? —dudó Roger Nolan—. Existirán otros

Hologratrones...

—Pero sólo sabiendo programarlo de acuerdo con mis propios pensamientos podría ser utilizado de nuevo correctamente para conectar con Kron. No recuerdo exactamente cómo programé éste, es algo que tal vez sólo en una ocasión entre millones volvería a repetirse. Si borro ahora esas claves, sin anotarlas ni consultarlas, nunca sabré cómo repetir la experiencia, Roger. Y eso es lo que voy a hacer ahora mismo...

—De modo que... adiós definitivo a Héctor y Altea... —susurró Wilma.

—Sí. Adiós definitivo —corroboró Peter, contemplando el lejano mundo de Kron en la pantalla, bajo la luz de sus dos soles azules—. Pero yo sabré que ellos siguen existiendo en ese mundo sin dimensiones que es mi propia imaginación...

Se inclinó sobre el tablero de mandos. Ni él, ni Roger ni Wilma, prestaban atención alguna a Akroyd y a Gala. Ellos aprovecharon ese momento para actuar a la desesperada.

Simultáneamente al momento en que Roger apoyaba dos teclas, las de borrado automático y definitivo de las claves de memoria del ordenador halográfico, ellos dos saltaban, unidos por sus esposas, hacia la pantalla negra en que Kron empezaba a disolverse.

—¡No podrás evitarlo, Peter! —chilló Gala triunfalmente—. ¡Nos vamos a Kron y nunca, nunca, darás ya con nosotros! ¡Nos vengaremos de tus amados Héctor y Altea!

Desaparecieron por la pantalla, convertidos en imágenes puramente halográficas, que disminuían y se encogían más allá del rectángulo electrónico, camino de Kron.

Peter alargó sus brazos, angustiado, tratando de evitarlo. No pudo. Akroyd y Gala se perdieron, se difuminaron en la negrura, en ruta hacia Kron. Todo se borró de la pantalla. El aparato se oscureció. Peter, anonadado, se apoyó en el tablero de controles del ordenador.

—Dios mío... Dios mío... —jadeó—. Qué gran locura...

—Peter, ¿qué va a ser de ellos? ¿Y de Kron? —gimió Wilma—. Son malos, perversos, capaces de todo...

—No, Wilma. Es inútil lo que han hecho. Kron empezaba a perderse ya cuando saltaron el plano dimensional de lo imaginario. Ahora, Akroyd y Gala no existen. Pero, lo que es peor para ellos, no existen ni siquiera en Kron. Nunca lo alcanzarán. Quedarán perdidos en la nada absoluta, en el limbo de lo que no existe… convertidos en millones de electrones dispersos, que jamás volverán a reunirse en parte alguna...

Wilma sollozó, aterrada, abrazándose a Peter Fry. El la acogió contra sí, besó sus cabellos. La joven esposa musitó tristemente, mientras lloraba:

—Dios les haya perdonado… a los dos.

Peter asintió, cruzando su mirada con Roger Nolan. Este, en silencio, abandonó la estancia dejando a ambos jóvenes solos consigo mismos, frente al ordenador silencioso, apagado.

FIN

[1] Un Parsec equivale a 3.26 años luz. o AL en lenguaje astronómico. Es decir, al resultado matemático de multiplicar 3.087 por diez elevado a la decimotercera potencia. (N. del A.)